
Provincia Eclesiástica

- Testigos del amor de Dios 87

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

- Carta con motivo de la Campaña contra el Hambre de Manos Unidas para el año 2003 97
- La Vida Consagrada. Una necesidad vital para la Iglesia 100
- Oración por la Paz 103
- La oración y la conversión: caminos imprescindibles para la Paz 105
- Carta con motivo del centenario del nacimiento de D. José María García de Lahiguera 108
- El seglar, testigo y apóstol de la fe en la sociedad actual 110
- Nota oficial con motivo de atentado terrorista 113

VICARÍA GENERAL

- Colecta Pontificia por los Santos Lugares 115

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 116
- Distinciones Pontificias 117
- Sagradas Órdenes 118
- Defunciones 119
- Actividades del Sr. Cardenal. Febrero 2003 121

DELEGACIÓN PARA LA CAUSA DE LOS SANTOS

- Causa de Canonización 123

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Jornada de la Vida Consagrada. Fiesta de la Presentación del Señor 125
- Fiesta de San Blas 129

• Funeral del Rvdo. P. Juan de Thoury, Sacerdote monfortiano	134
• Campaña de "Manos Unidas"	138
• XXI Aniversario de la aprobación pontificia de la Fraternidad "Comunión y Liberación"	142

VICARÍA GENERAL

• Actividades diocesanas	146
--------------------------------	-----

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

• Nombramientos	147
• Defunciones	148
• Carta circular a los párrocos y encargados de los despachos parroquiales sobre las tasas del expediente matrimonial	149
• Actividades del Sr. Obispo. Febrero 2003	151

INFORMACIÓN

• Crónica de las Jornadas Sacerdotales diocesanas de enero y febrero	153
--	-----

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

• Homilía en la Misa con motivo de la Asamblea General de Hermandades y Cofradías de la Diócesis	157
--	-----

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

• Defunciones	163
---------------------	-----

Conferencia Episcopal Española

• "Seréis mis testigos"	165
• La Paz, Don de Dios e imperativo moral	172
• Nota de la Comisión Episcopal de Liturgia sobre la Comunión de los celíacos .	175

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 3 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Caucho, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46
E-mail: origrafi@teleline.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXI - Núm. 2746 - D. Legal: M-5697-1958

ñoles hemos enviado un Mensaje al Pueblo de Dios, invitándole a acoger al Santo Padre y a prepararse con la oración, la catequesis y el ejercicio de la caridad a vivir este hecho de transcendencia eclesial al comienzo de este Milenio (3).

La presencia del Papa entre nosotros nos invita a renovar nuestra adhesión al sucesor de Pedro, el cual, en los inicios históricos de nuestra fe, fue el primero en confesar que Jesús es «el Cristo, el Hijo del Dios vivo» (Mt 16,16), el único que tiene palabras de vida eterna (4). Después de veinte siglos de cristianismo, la presencia de Juan Pablo II entre nosotros confirma nuestra fe y consolida la certeza de que somos la Iglesia de Cristo, el pueblo rescatado con su sangre, llamado a proclamar la misericordia de Dios con todos los hombres. Quien viene hoy a nosotros es el sucesor de aquel que, escribiendo a los cristianos de su tiempo les recordaba quiénes eran y cuál era su misión: «Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación consagrada, pueblo adquirido para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz» (1Pe 2,9). Nosotros somos los sucesores de aquellos primeros cristianos, que hoy como entonces estamos llamados a anunciar las alabanzas de Dios mediante el testimonio de una vida redimida por Cristo. Sí, nosotros somos para el mundo de hoy los *testigos de Cristo*.

1. «Linaje escogido, sacerdocio real, nación consagrada»

La misión del Papa entre nosotros está en plena continuidad con las palabras citadas de la primera carta de Pedro. Éste, como testigo cualificado de Cristo, recuerda a los cristianos que, gracias a la redención de Cristo, han sido constituidos Pueblo de Dios. Dios se ha compadecido de ellos y los ha hecho propiedad suya, pueblo suyo. Al unirlos a sí, por medio de la sangre de Cristo, los ha santificado enriqueciéndoles además con todo tipo de gracias y favores. En Cristo Jesús hemos recibido toda bendición. Somos, ni más ni menos, su propio Cuerpo. Esta es la grandeza y dignidad de nuestra vocación. Por esta razón somos un Pueblo santo, unido a quien es el Santo por excelencia, Cristo, «en quien habita toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente» (Col 1,9).

3 Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española, “*Seréis mis testigos*”. Mensaje de los obispos españoles con ocasión del viaje apostólico del Papa Juan Pablo II a España, Madrid, 18-19 de febrero de 2003.

4 Cf. Jn 6,68.

No sorprenderá, por tanto, que la Iglesia sea llamada por san Pedro «linaje escogido, sacerdocio real, nación consagrada» (1Pe 2,9). A lo largo de la historia del cristianismo, estas definiciones de la Iglesia se han visto confirmadas por el testimonio de los santos. En la Iglesia ha habido, ciertamente, pecadores. Cada uno de nosotros lo es en la medida que sólo Dios conoce. Pero la Iglesia es, por encima de todo, un pueblo de santos. En cada uno de ellos ha triunfado la gracia y la redención de Cristo, ha brillado la gloria de Dios que nos ha llamado a su luz admirable. Los santos han sido antorchas de esa luz, luminarias seguras en la tierra que nos recuerdan que Dios es luz y que las tinieblas del pecado y de la muerte han sido vencidas definitivamente por la muerte y resurrección de Cristo. Los santos nos dan la certeza de que el hombre redimido por Cristo es capaz de reproducir en sí mismo la imagen del Hijo de Dios, el único que por naturaleza y derecho propio merece el calificativo de Santo.

2. Acción de gracias por los nuevos santos

Quienes se dejan amar y salvar por Él, quienes le siguen con un amor único y exclusivo, quienes acogen su Espíritu que les va transformando poco a poco hasta la plena identificación con Él, éstos son los santos, los bienaventurados que ya aquí, en la tierra, nos ofrecen la imagen del Hombre Nuevo, es decir, de Cristo, «primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8,29). El Papa viene a inscribir en el catálogo de los santos a cinco miembros de la Iglesia que peregrina en España y que se enriquece así con la frescura de una santidad de la que muchos de nosotros hemos sido testigos. Alabemos a Dios, hermanos, por el testimonio de los santos. Démosle gracias por Pedro Poveda Castroverde, sacerdote, fundador y mártir de Cristo, cuya caridad por el hombre le llevó a luchar por elevarle a su condición de hijo de Dios sin escatimar esfuerzos en la eliminación de todo obstáculo que le impidiera ser plenamente hombre, abriendo nuevos caminos pedagógicos de extraordinaria fecundidad. Démosle gracias por el Padre José María Rubio y Peralta, jesuita, infatigable confesor en el ministerio del perdón sacramental, predicador del Evangelio y padre de los pobres, cuya entrega a los hombres en la atención personal fue un signo de la solicitud que el Buen Pastor, Jesucristo, tiene por cada uno de los hombres. Démosle gracias por Genoveva Torres Morales, virgen y fundadora, en la que Dios ha mostrado una vez más que su fuerza se manifiesta en la fragilidad de quien le ama convirtiendo a una mujer físicamente disminuida en una madre capaz de

acoger a multitud de hijas, jóvenes y ancianas, necesitadas de amor. Démosle gracias por Sor Ángela de la Cruz (M^a de los Ángeles Guerrero González), virgen y fundadora, que tomó la cruz de Cristo sobre sus frágiles espaldas y se consagró al servicio de los más pobres entre los pobres, manifestando así que Dios tiene una singular predilección por los que el mundo considera despreciables. Démosle gracias, finalmente, por la Madre Maravillas de Jesús (Pidal y Chico de Guzmán), virgen carmelita descalza y fundadora de monasterios, donde la oración, el sacrificio y la gozosa soledad alimentan la caridad heroica con la que las hijas de Santa Teresa de Jesús aman a Cristo y se entregan con Él por la salvación de los hombres. ¡Bendito sea Dios en sus santos!

3. Testigos del amor de Dios

Estos hombres y mujeres nos recuerdan que la primera aportación que el cristiano debe hacer a la Iglesia es la de su propia santidad. La santidad que recibieron en el bautismo fue devuelta a la Iglesia enriquecida por su propia experiencia cristiana y por la novedad personal con que se distinguieron en el seguimiento de Jesús. «La misma santidad vivida -dice Juan Pablo II- que deriva de la participación en la vida de santidad de la Iglesia, representa ya la aportación primera y fundamental a la edificación de la misma Iglesia en cuanto “comunidad de los santos”» (5). Ciertamente el misterio de la Iglesia como «comunidad de los santos» se enriquece cada vez que un hijo de la Iglesia se identifica plenamente con Cristo. Los santos que el Papa canonizará, mirados en conjunto, presentan además un variado mosaico de las virtudes que conforman la vida cristiana. La oración y búsqueda infatigable de la voluntad de Dios, la escucha atenta de su Palabra revelada, el servicio a los hombres hasta dar la vida, la insobornable defensa y adhesión a la fe que puede consumarse en el martirio, la entrega generosa a los pobres y necesitados, la predicación del Evangelio fuente de verdad, libertad y salvación del hombre de todos los tiempos; todas estas virtudes convierten a los nuevos santos en testigos del Señor para nuestro tiempo. La canonización, como acto infalible del Magisterio pontificio, viene a confirmar que todos ellos vivieron como hijos de Dios y, en todas sus obras, se dejaron guiar por el Espíritu de Cristo. Ellos son testigos del amor de Dios e instrumentos dóciles del Espíritu Santo.

5 Juan Pablo II, *Christifideles laici* 17.

Al proponerlos como modelos de vida cristiana, la Iglesia nos invita a seguir sus pasos, a conformar nuestra vida -como hicieron ellos- con la del Señor. Mucho se habla hoy de la credibilidad de la Iglesia. No siempre con la sinceridad ni con el noble afán de la conversión que empieza por cada uno de nosotros. Los santos hacen creíble a la Iglesia, es decir, hacen que ella pueda reconocerse en su identidad propia, que es la santidad de Cristo. Encontrarse con un santo es tocar casi con la mano la presencia de Dios. De ahí que los santos han producido en la Iglesia riadas de seguidores que vieron en ellos caminos seguros de santidad. Cuatro de los que el Papa elevará a los altares son precisamente fundadores. Nuestro mundo necesita personas así. Cristianos seducidos por Cristo que arrastran a otros a su seguimiento. Cristianos que saben eclipsarse ante el Señor y conducir hacia Él a quienes buscan la plenitud de la vida y de la felicidad. Cristianos que, tocados por la gracia de Cristo, incendian el mundo con el fuego del Espíritu, que es la caridad.

4. Santidad y evangelización

En su carta apostólica *Tertio millennio ineunte*, Juan Pablo II nos ha recordado que «confesar a la Iglesia como santa significa mostrar su rostro de *Esposa de Cristo*, por la cual él se entregó, precisamente para santificarla (cf. Ef 5,25-26)» (6). Nadie dudará de que los santos muestran de modo eminente el rostro más bello de la Iglesia. Y al hacerlo así se convierten en eficaces evangelizadores por el testimonio de su palabra y vida unidas de modo coherente. No hay fisura entre lo que viven y confiesan. Su vida y su palabra dan testimonio concorde del Señor. Y Dios se hace así «admirable en sus santos», es decir, puede ser reconocido y alabado gracias a los testigos de su amor. Este es, en definitiva, el secreto y el fin de la evangelización: que los hombres conozcan a Dios y a su enviado Jesucristo (7). A ello nos referimos los Obispos españoles en nuestro Plan Pastoral cuando decimos que «la floración de santos ha sido siempre la mejor respuesta de la Iglesia a los tiempos difíciles» (8). La Iglesia en España tiene el inmenso gozo de poder ofrecer a la Iglesia universal y al mundo de hoy esta hermosa floración de santos.

6 Juan Pablo II, *Tertio millennio ineunte* 30.

7 Cf. Jn 17,3.

8 Conferencia Episcopal Española, *Plan pastoral de la Conferencia Episcopal Española 2002-2005. Una Iglesia esperanzada. «Mar adentro» (Lc 5,4)*, Madrid 2002.

En este gozo estriba también nuestra responsabilidad. El caudal de vida cristiana que cada uno de los nuevos santos representa para la Iglesia no puede quedar estéril por nuestra desidia, indiferencia o mediocridad. Los santos interpelan a nuestra conciencia eclesial, a nuestro celo apostólico. Nos invitan, con su testimonio profético, a mirar cara a cara al Señor y preguntarnos con sencillez sobre nuestro «primer amor» (Apc 2,4), aquel que nació en el encuentro con Cristo. Los moradores de la ciudad celeste no han roto los lazos con la Iglesia peregrinante. Son la inmensa «nube de testigos» (Heb 12,1) que nos rodean y espolean en el testimonio valiente del Señor. Por ello, el gozo de ofrecer santos a la Iglesia nos compromete a vivir como ellos vivieron: en santidad y justicia, en verdad y libertad. Nos compromete, además, a proponerlos a nuestros contemporáneos como auténticos modelos de cristianismo carente de toda ideologización. Ellos nos presentan el Evangelio en vivo, sometido a la única ley de la caridad. Cada santo es un auténtico *programa de pastoral*, siempre vigente, que nos libera de la tentación, señalada por Juan Pablo II, de hacer prevalecer el «hacer» sobre el «ser» (9). No olvidemos nunca la enseñanza de san Pedro: «Así como el que os ha llamado es santo, así también vosotros sed santos en toda vuestra conducta, como dice la Escritura: Seréis santos, porque santo soy yo» (1Pe 1,15-16).

5. La visita del Papa, estímulo para la vida cristiana

«La Visita del Santo Padre -decimos los Obispos españoles en nuestro reciente Mensaje- acrecentará sin duda nuestra vocación y dinamismo apostólicos. Su sola presencia es un estímulo más para gastar y desgastar nuestras vidas al servicio del Evangelio de Cristo y de los hombres con la misma entrega que hace de su persona objeto de nuestra más profunda veneración» (10). Las palabras de Pedro a los cristianos de su tiempo cobran también en Juan Pablo II una actualidad indiscutible: «A los presbíteros que están entre vosotros, les exhorto yo, presbítero como ellos, testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que está para manifestarse» (1Pe 5,1). El Papa viene a exhortarnos; es parte fundamental de su ministerio como Pastor supremo. Su exhortación está avalada no sólo por la autoridad recibida de Cristo, sino por su condición de *testigo de los sufrimientos de Cristo* y de la *gloria que se manifestará* en su

9 Juan Pablo II, TMI 15: «El nuestro es un tiempo de continuo movimiento, que a menudo desemboca en el activismo, con el riesgo fácil de “hacer por hacer”. Tenemos que resistir a esta tentación, buscando “ser” antes que “hacer”».

10 «*Seréis mis testigos*», 1.

momento. Probado por los sufrimientos, el Papa nos conduce, con su palabra y con el testimonio de su vida personal, hacia la gloria de nuestra vocación en Cristo, que nos permite pasar por la prueba con la certeza de la victoria final.

Abramos, pues, nuestro corazón a la exhortación del Papa. Acojamos con gozo su magisterio y démosle la alegría de vivir conforme a la cruz gloriosa del Señor. Desde el principio de su ministerio no se ha cansado de invitarnos a no tener miedo, a vivir con gozo nuestra fe, a proclamar al mundo la verdad que salva. Su exhortación a ser santos es uno de los ejes fundamentales de su pontificado, que enlaza con la enseñanza de Jesús en el Sermón de la montaña y con la de los escritos del Nuevo Testamento. A las nuevas generaciones, de modo especial, les alienta a huir de la mediocridad, de todo conformismo y adecuación al paganismo de nuestros días. Les anima a vivir siempre atentos a Cristo, el amigo por excelencia, el Redentor del hombre, el Hijo de Dios encarnado.

Os invitamos, por tanto, a recibir al Santo Padre orando intensamente por él y por la fecundidad de su Viaje pastoral a España hacia la que ha mostrado desde siempre un singular afecto. Que a su esfuerzo por acercarse hasta nosotros corresponda una generosa acogida y una ferviente participación en los actos programados: el Encuentro con los jóvenes y la Misa de canonización. Exhortamos especialmente a nuestros hermanos sacerdotes, fieles colaboradores del orden episcopal, para que animen a sus comunidades parroquiales, movimientos y grupos apostólicos a participar en estos encuentros que revitalizarán la conciencia de pertenecer a la única Iglesia de Cristo, la Católica, extendida por toda la tierra, que tiene en el Papa su fundamento visible de unidad. La experiencia de quienes participan en los encuentros con el Santo Padre es unánime: sirven para fortalecer la comunión y revitalizar el afán apostólico. Anímemos, pues, a todos los cristianos favoreciendo las catequesis que se ofrecerán desde la Conferencia Episcopal con el fin de profundizar en el significado último de esta visita.

6. Los jóvenes, «pueblo de las bienaventuranzas»

Una invitación especial queremos dirigir, junto con el resto de los Obispos de España, a los jóvenes. El Papa quiere encontrarse con vosotros en una Vigilia de oración en la que, de la mano de María, contemplemos el rostro de Cristo Redentor. Acudid a la cita. Como jóvenes llenos de vida y de ilusiones,

miráis el futuro como un horizonte inmenso de posibilidades para ser felices. No erréis el camino. Sed fuertes, como dice el apóstol san Juan a los jóvenes de su tiempo (11). La juventud es la época decisiva de las grandes decisiones que se concretarán en la elección de vuestra vocación y estado de vida, de vuestro estudio y profesión con que serviréis a los demás. No olvidéis que sois parte de la Iglesia y que ninguna de estas decisiones puede ser tomada al margen de vuestra conciencia de Iglesia. Cristo cuenta con vosotros para que la Iglesia, de la que formáis parte, avance hacia el futuro animada por vuestra entrega y generosidad. En ese futuro, debéis contemplar también la posibilidad de entregaros a Dios en el ministerio sacerdotal o en la vida consagrada. El Papa, a lo largo de su magisterio, os ha hecho preguntas radicales: ¿qué quiere Dios de mí? ¿qué quiero hacer de mi vida? ¿dónde pongo el corazón? ¿cuál es la meta de mi felicidad? En realidad, son las preguntas que Cristo dirige a los hombres de su tiempo acompañadas de respuestas certeras: «No podéis servir a Dios y al dinero» (Mt 6,24) (12); «quien quiera salvar su vida, la perderá, quien la pierda por mí, la salvará» (Lc 9,24); «donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón» (Mt 6,21); «¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si él mismo se pierde o se arruina» (Lc 9,25).

En la última Jornada Mundial de la Juventud en Toronto, el Papa os habló claramente de la felicidad. Os recordó las Bienaventuranzas de Jesús, que es el camino de la verdadera felicidad y de la vida. Como en tiempos de Cristo, el «mundo» no entendió lo que quería decirnos cuando os invitaba a ser «felices», «dichosos», «bienaventurados». Pero él os lo dijo limpiamente: «La Iglesia os mira con confianza y espera que os convirtáis en el *pueblo de las bienaventuranzas. Bienaventurados vosotros* si sois, como Jesús, pobres de espíritu, buenos y misericordiosos, si sabéis buscar los que es justo y recto; si sois limpios de corazón, artífices de paz; si amáis y servís a los pobres. ¡Bienaventurados vosotros!» (13). Con la suave persuasión de Cristo, el Papa no os impone nada: os invita. Sabe que la verdad puede cautivaros por sí misma: *Bienaventurados vosotros* si sois... En realidad, os invita a ser santos, a dejar que la luz de Cristo resplandezca en vuestra vida. Y os apremia: «Haced que resplandezca la luz de Cristo en vuestra vida. *No esperéis a tener más años para aventuraros por la senda de la santidad.* La santidad es siempre joven, como es eterna la juventud de Dios. Comunicad a todos la belleza del encuentro con Dios, que da

11 Cf. 1Jn 2,14.

12 Mt 6,24.

13 Juan Pablo II, *Discurso de acogida en Toronto*, 25-VII-2002, 6.

sentido a vuestra vida. *Que nadie os gane* en la búsqueda de la justicia, en la promoción de la paz, en el compromiso de la fraternidad y solidaridad» (14). Esta es la verdad que os hará libres, como hizo libre a Pedro y a los apóstoles la verdad que escucharon de labios de Cristo; ésa es la libertad que nos enseñan los santos. ¡Libres para ser felices!

7. «Practicad la hospitalidad»

Nuestra última exhortación es una hermosa palabra que no ha dejado de resonar en la tradición cristiana: Sed acogedores, «practicando la hospitalidad» (Rom 12,13) (15). Es uno de los signos más elocuentes de que la Iglesia es la casa de los hijos de Dios, el hogar de la catolicidad. En el huésped, la Iglesia ha visto al mismo Cristo (16). Los primeros días de mayo muchos peregrinos vendrán a Madrid para encontrarse con el Papa. Abridles las puertas con generosidad convirtiendo nuestras diócesis, parroquias, colegios, instituciones, e incluso nuestros hogares, en una casa común que alivie las incomodidades de todo viaje y peregrinación y ofrezca a los peregrinos la recompensa de sentirse tratados como miembros de la única comunidad de la Iglesia. No sólo os invitamos a la acogida material, sino a la espiritual que conlleva la plegaria común, la comunicación de bienes espirituales que se da siempre en torno a la Palabra de Dios y a la catequesis de la Iglesia. La afluencia de tantos peregrinos nos hará conocer mejor las diversas diócesis de España, sus experiencias pastorales, sus inquietudes y proyectos. En una palabra nos hará tener «un solo corazón y una sola alma» (Hch 4,32) junto a Pedro, el Padre común, el que ha recibido de Cristo el mandato de pastorear a sus corderos y a sus ovejas, esto es, a la Iglesia universal. Estamos convencidos de que esta experiencia de comunión eclesial nos ayudará a vivir con mayor alegría la fe común en Cristo que ha hecho de todos los hombres un solo Pueblo. ¡Quiera Dios que la experiencia de estos días, en los que acudiremos «a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (17) suscite como en la Iglesia primitiva en muchos hombres el deseo de unirse a la Iglesia, a la comunidad de los salvados (18).

14 Juan Pablo II, *Discurso de la Vigilia de la JMJ en Toronto, 27-7-2002*, 6.

15 Heb 13,2: «No os olvidéis de la hospitalidad; pues por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles».

16 Cf Mt 10,40; Mc 9,37.

17 Hch 2,42.

18 Cf. Hch 2,47.

Confiemos todos nuestros anhelos a la Madre de la Iglesia, Madre de Cristo y Madre nuestra en este Año del Rosario. Ella los hará fructificar con el amparo de su fecunda maternidad. Ella velará para que la Iglesia, bajo el cayado de Pedro, avance siempre humilde y segura *mar adentro*, llena del Espíritu de Dios, suplicando para que de su seno no dejen de nacer los santos.

Madrid, 22 de febrero, Fiesta de la Cátedra del Apóstol san Pedro

- † Antonio María Rouco Varela, Cardenal Arzobispo de Madrid
- † Francisco José Pérez y Fernández-Golfín, Obispo de Getafe
 - † Jesús Catalá Ibáñez, Obispo de Alcalá de Henares
 - † Fidel Herráez Vegas, Obispo auxiliar de Madrid
 - † César Franco Martínez, Obispo auxiliar de Madrid
 - † Eugenio Romero Pose, Obispo auxiliar de Madrid
 - † Joaquín López de Andújar y Cánovas del Castillo, Obispo auxiliar de Getafe.

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

**CARTA CON MOTIVO DE LA CAMPAÑA
CONTRA EL HAMBRE DE MANOS UNIDAS
9 FEBRERO 2003**

Queridos diocesanos:

“Nadie puede ser excluido de nuestro amor, desde el momento en que, *con la Encarnación*, el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a cada hombre. Ateniéndonos a las indiscutibles palabras del Evangelio, en la persona de los pobres hay una presencia especial suya, que impone a la Iglesia una Opción preferencial por ellos”; así nos exhortaba el Papa Juan Pablo II en su Carta apostólica *Al comenzar el nuevo milenio*, con la mirada y el corazón puestos en Cristo que proclama así su presencia: “He tenido hambre y me habéis dado de comer, he tenido sed y me habéis dado que beber; fui forastero y me habéis hospedado; desnudo y me habéis vestido, enfermo y me habéis visitado, encarcelado y habéis venido a verme” (Mt 25, 35-36). En vísperas ya de la Jornada Nacional de *Manos Unidas*, que tendrá lugar el próximo domingo 9 de febrero, fecha central de su *Campaña contra el Hambre*, somos de nuevo, y con especial vigor, urgidos a responder a esta llamada del Santo Padre, que llega hasta el fondo de la caridad, iluminando el valor sagrado de toda vida humana a la que hemos de servir, dándole, no ya un pedazo de pan, sino a nosotros mismos.

«El desarrollo, camino para la paz» es el lema de la Campaña contra el Hambre de *Manos Unidas* para este año 2003, el tercero consecutivo que tiene

como tema de fondo la paz, una paz terriblemente quebrantada hoy en el mundo, con inusitada violencia en la misma Tierra Santa de Jesús, y con la amenaza de una nueva guerra en Irak, que llena de sombras de muerte a toda una población ya extenuada por las consecuencias de doce largos años de embargo. Ante tal situación, el genio cristiano de Manos Unidas responde, no con vacíos discursos de un pacifismo demagógico, sino con la sencillez y la eficacia de las obras de la caridad, a las que a todos nos invita a participar en su Campaña. Justamente porque es la caridad la que nos urge, en el lema con el que nos convoca este año se proclama la indispensable necesidad del verdadero desarrollo de la persona y, por ende, de los pueblos. De lo contrario, cuando falta esa mirada que descubre el valor sagrado de todo ser humano, hablar de desarrollo no significa, tristemente, procurar el mayor bien del hombre y servir a la causa de la paz; en realidad, no sólo se está cerrando así el camino de un auténtico progreso que merezca el calificativo de humano, sino que se acrecienta más aún el abismo inmenso entre los países llamados ricos y los pobres, y con ello el alejamiento de la paz.

En su mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de este año, Juan Pablo II ha puesto bien en evidencia el engaño de ese desarrollo que no respeta «fielmente el orden establecido por Dios», y por ello es una amenaza constante para la paz. «Somos testigos -afirma el Papa- del incremento de una preocupante divergencia entre una serie de nuevos derechos promovidos en las sociedades tecnológicamente avanzadas y derechos humanos elementales que todavía no son respetados en situaciones de subdesarrollo: pienso, por ejemplo, en el derecho a la alimentación, al agua potable, a la vivienda...» Cada día los medios de comunicación ponen delante de nuestros ojos esta preocupante divergencia, esas desigualdades sangrantes entre la opulencia y el hambre. Y también cada día la gran familia de Manos Unidas nos pone delante el testimonio de las obras del amor cristiano que hace converger a los hombres y a los pueblos en la verdadera solidaridad, promoviendo así el auténtico desarrollo y abriendo con ello el camino para la paz. En la Campaña contra el Hambre que ahora comienza, Manos Unidas nos invita de nuevo a participar en la Jornada del próximo domingo y en todos y cada uno de los días del año, respetando fielmente el orden establecido por Dios, de modo que el trabajo por la justicia y la paz sea verdadero y por lo tanto, fecundo en frutos de vida para la Humanidad.

Los cuatro pilares de la paz señalados por el Papa Juan XXIII en su encíclica *Pacem in terris*, de la que se cumple el 40 aniversario y que Juan Pablo

El evoca en su citado Mensaje, verdad, justicia, amor y libertad, son ciertamente las condiciones del único desarrollo digno del hombre. Estos cimientos, que no son otros que la persona misma de Cristo, son la raíz y el motivo de la existencia y de las obras de *Manos Unidas*. «Si se examinan los problemas profundamente -dice Juan Pablo II en su Mensaje-, se debe reconocer que la paz no es tanto cuestión de estructuras como de personas... hombres y mujeres que han sabido esperar sin desanimarse nunca». Aquí está el secreto de *Manos Unidas* y su *Campaña contra el Hambre*, consciente, en palabras también del Santo Padre, «de la importancia de su relación con Dios, fuente de todo bien, como sólido fundamento y criterio supremo de la vida».

Os invito, pues, a todos, hombres y mujeres que sabéis esperar sin desanimarse nunca, porque habéis conocido a Dios, que en su Hijo Jesucristo ha iluminado el valor sagrado de todo ser humano y ha llenado de sentido la vida entera, a participar con toda generosidad, cada uno según su vocación específica y sus posibilidades, en la obra de *Manos Unidas*, y en especial en la Jornada del domingo, día 9 de febrero, en la que tendrá lugar la Colecta Extraordinaria a favor de su *Campaña contra el Hambre*; y asimismo a vivir con espíritu de conversión, el viernes anterior, 7 de febrero, el Día del ayuno Voluntario, gesto que evidencia la búsqueda del único desarrollo que es camino para la paz, el que sólo Dios hace posible.

Encomiendo, por fin, a Nuestra Señora de la Almudena todos los trabajos de esta Campaña, para que con su protección maternal los bendiga con frutos abundantes para el bien de todos sus hijos, especialmente de los más pobres y necesitados. Con mi afecto y mi bendición para todos,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

Madrid, 31 de enero de 2003

LA VIDA CONSAGRADA UNA NECESIDAD VITAL PARA LA IGLESIA

Alocución para Radio COPE
Madrid, 1 de febrero de 2003

Mis queridos hermanos y amigos:

El Concilio Vaticano II cuando enseña y explica los elementos que configuran el estado de vida que consiste en la profesión de los Consejos Evangélicos afirma que “aunque no pertenezca a la estructura jerárquica de la Iglesia, **pertenece, sin embargo, de manera indiscutible a su vida y santidad**” (LG 44). La vida consagrada constituye, por lo tanto, para la Iglesia una necesidad vital. Y, si es una necesidad para la Iglesia, lo es para el mundo y la humanidad; puesto que las necesidades de la Iglesia se contemplan y miran en orden a su fin constituyente: la de ser “en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1) o, lo que viene a significar lo mismo, la de recibir “la misión de anunciar y establecer en todos los pueblos el Reino de Cristo y de Dios” (LG 5). Sin los consagrados le faltará a la Iglesia la vida y el aliento sobrenatural imprescindibles para que pueda realizar fielmente su suprema vocación: la de la santidad de sus hijos y la de la santificación del mundo.

Son muchos y variados los aspectos que se pueden destacar en la vida consagrada como de especial relieve para la Iglesia en esta encrucijada histórica

de comienzos del Tercer Milenio. Juan Pablo II lo ha hecho frecuente y genialmente a lo largo de todo su pontificado. Su Exhortación Postsinodal “Vita Consecrata” de 1997 ofrece una bellísima síntesis de sus enseñanzas, que el reciente documento de la Consagración para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, titulado “Caminar desde Cristo”, actualiza y compendia. Pero hay uno -quizá el más elemental y accesible a la percepción del pueblo cristiano y de la gente sencilla- de decisiva importancia hoy: el de la consagración total y radical de la vida a Dios siguiendo e imitando a Jesucristo, obediente, virgen y pobre. En una sociedad dominada por un clima cultural de rechazo y olvido de la existencia y presencia de Dios en el destino del hombre y de su historia, profundamente escéptica y escarmentada, por otra parte, de las recetas sociológicas y políticas de los humanismos ateos y agnósticos tan en boga en el siglo pasado, atraen y llaman poderosamente la atención “los hombres y mujeres de Dios”, los que reflejan en sus vidas el rostro luminoso de Cristo. Su atractivo resulta especialmente subyugador para los jóvenes.

La Iglesia necesita, por ello, con máxima urgencia a los consagrados:

- **a los contemplativos** que dedican toda su existencia a la oración de alabanza, de acción de gracias, de oblación reparadora, con Jesucristo Crucificado y Glorificado, Sacerdote Eterno que intercede por nosotros a la derecha del Padre hasta su vuelta definitiva para recapitular todas las cosas, las del cielo y las de la tierra. Ellos y, sobre todo ellas, son los que enseñan de forma insuperable a todos los hijos de la Iglesia como es y en qué consiste el amor de Cristo y cómo hay que responder a él: es amor esponsal del Esposo a la Esposa, que se devuelve esponsalmente.

- **a los de vida activa**, que en su múltiple servicio a la Iglesia y a la sociedad en la atención a las más variadas carencias corporales y espirituales -viejas y nuevas- de sus hermanos viven del amor y en el amor de Cristo y lo hacen llegar limpio y generoso a las personas, a las familias y a la sociedad, de forma que donde haya y se perciba menos amor, se ofrezca y testimonie más su fuerza y su vida: haya más amor.

- **a los miembros de los institutos seculares**, para que en las tareas del mundo, en las que se entreteje a diario la realidad de la economía, de la sociedad, de la ciencia y la cultura, de la comunidad política, etc., se acoja la gracia de Dios, se note la acción del Espíritu Santo, haya impregnación del Evangelio.

A todos los necesita la Iglesia que está abierta siempre -y así lo reconoce- a las nuevas formas de consagración que quiera inspirar el Espíritu en su seno ante los retos históricos que se le presenten. La Iglesia necesita a todos los consagrados. Y, por supuesto, los consagrados -todos- necesitan a la Iglesia. Fuera de la comunión eclesial, los carismas de la vida consagrada pierden todo su sentido y terminan por corromperse y morir.

A la Virgen María, nuestra Madre, la que presentó a su Hijo en el Templo de Jerusalén ocho días después de su nacimiento para consagrarlo a Yahvé, hay que dirigir la mirada del alma y los propósitos del corazón si queremos acertar con la renovación de la vida consagrada que el Concilio Vaticano II ha pedido y propuesto a la Iglesia de nuestro tiempo. Ella fue la primera consagrada por excelencia, Modelo y Madre de toda forma de consagración en la Iglesia y para la Iglesia, puesto que, consagrándose a Dios con una oblación virginal, sencilla y obediente sin par, fue elegida por el Padre para ser Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo. Por su consagración nos dio al Salvador del mundo.

A Ella encomendamos, especialmente en esta Fiesta de la Presentación del Señor, día de la Vida Consagrada, a todos los contemplativos, religiosos de vida activa, miembros de institutos seculares, a las vírgenes consagradas y a los que pertenecen a las nuevas formas de consagración, con todo el fervor de nuestra plegaria personal y comunitaria implorando para la Vida Consagrada abundantes vocaciones.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

ORACIÓN POR LA PAZ

Carta a todas las parroquias, lugares de culto
y comunidades de vida consagrada

Madrid, 12 de febrero de 2003

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Ante la persistente situación de peligro de guerra y la constante amenaza del terrorismo, acogiendo los diversos y apremiantes llamamientos para la paz que viene haciendo el Santo Padre, exhorto y animo vivamente a toda la Iglesia Diocesana a orar unidos haciendo nuestra esta misma intención.

Somos conscientes de que sólo Dios es capaz de mover y transformar al corazón humano que se le abre, de forma que busque sinceramente el bien común por encima de intereses particulares y egoístas. Por esto, se os envía una petición concreta para que en todas las Eucaristías se una a la oración de los fieles, sustituyendo a la que hasta ahora hemos hecho a favor de la paz y por el cese del terrorismo.

En este mismo sentido, os urjo también a que se rece el Santo Rosario pidiendo a la Madre de todos, Mediadora y Reina de la Paz, que acompañe, sostenga y presente a su Hijo nuestra oración.

Con mi afecto y bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal Arzobispo de Madrid

**INTENCIÓN PARA UNIR A LA ORACIÓN DE LOS FIELES
EN TODAS LAS PARROQUIAS, LUGARES DE CULTO
Y COMUNIDADES DE VIDA CONSAGRADA**

UNIDOS A LAS INTENCIONES DEL PAPA, OREMOS PARA QUE EL
SEÑOR NOS CONCEDA EL DON DE LA PAZ, CESE EL
TERRORISMO EN ESPAÑA Y EN EL MUNDO Y DESAPAREZCA EL
PELIGRO DE LA GUERRA,

ROGUEMOS AL SEÑOR

LA ORACIÓN Y LA CONVERSIÓN: caminos imprescindibles para la Paz

Alocución para Radio COPE
Madrid, 14 de febrero de 2003

Mis queridos hermanos y amigos:

La tensa situación en torno a Irak persiste con evidentes y crecientes peligros para la paz. No cejan las amenazas del terrorismo internacional, ni del nuestro, el terrorismo de ETA. El cruel atentado de Andoain la pasada semana, su último asesinato, fríamente calculado y siniestramente ejecutado, lo pone de manifiesto. ¿Se cierra de nuevo el horizonte humano de la paz? ¿No quedan abiertos caminos para la esperanza? La respuesta de la razón y de la conciencia cristiana, iluminada por la fe en el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, es honda y clara: sí, los hay, los de la oración y de la conversión. Cuando parecen fallar todos los intentos del hombre para mantener ese bien universal que anhela toda la humanidad, la paz, aparece auténtico y realista el recurso de la oración, origen y fruto de una verdadera conversión a Dios.

Por ello, el Santo Padre viene insistiendo siempre, y con acentos de especial urgencia en estos días, en la necesidad de una perseverante oración de toda la Iglesia, unida en la plegaria por el don de la paz, que será tanto más veraz

y eficaz cuanto más vaya precedida y acompañada de actitudes de sincera conversión a las exigencias de la verdad, de la justicia, de la solidaridad y del amor, los verdaderos pilares de la paz; como enseñaba ya hace cuarenta años el Beato Juan XXIII en su inolvidable Encíclica “Pacem in Terris”, publicada en un momento de las relaciones internacionales, el año 1963, extraordinariamente delicado para la causa de la paz en el mundo, y que Juan Pablo II recordaba en el último Mensaje de la Jornada de la Paz de 1 de enero del presente año.

A nadie se le escapa que lograr una paz estable, erradicar el terrorismo, y renunciar a acciones militares que entrañan el riesgo inevitable de daños incontables para las poblaciones civiles, requieren de todas las partes implicadas un noble, leal y comprometido esfuerzo político por encontrar soluciones prudentemente discernidas y ponderadas en las Naciones Unidas, que hagan evitable el recurso a la intervención armada que, como recordaba el Santo Padre: **“no puede adoptarse, aunque se trate de asegurar el bien común, si no es en casos extremos y bajo condiciones muy estrictas, sin descuidar las consecuencias para la población civil, durante y después de las operaciones”**. Con la guerra siempre se ponen en juego la vida y la integridad física de innumerables personas, especialmente de las más inocentes: niños, ancianos, enfermos...

Pero no es menos verdad que las iniciativas políticas y las medidas previstas en la legalidad internacional precisan ser sostenidas e inspiradas por nuevas actitudes de las personas y de las sociedades afectadas por la actual crisis. Sin una verdadera purificación de la conciencia moral personal y colectiva será poco menos que imposible obtener éxito: el esforzado fruto de la paz. Porque al fin y a la postre en el trasfondo de toda acción de violencia terrorista y de toda actuación agresora se esconde de modo inconfundible el corazón humano dominado por aquellas pasiones ancestrales, nacidas de su concupiscencia, que tuercen y pervierten su voluntad libre, de las que el Concilio Vaticano II hablaba como del origen más hondo de las guerras, a saber: “del deseo del dominio y del desprecio de las personas y, si buscamos las causas más profundas -decía el Concilio-, de la envidia humana, la desconfianza, la soberbia y las demás pasiones egoístas” (GS 83), las que la experiencia cristiana de todos los siglos ha caracterizado como pecados capitales.

¿Y cómo se puede pensar -y menos esperar- una conversión de las conciencias, una superación del “hombre viejo”, como diría San Pablo, en una

coyuntura internacional tan cargada de pasión y de pasiones como la actual, prescindiendo de la ley y de la gracia de Dios? ¿Volviéndole a Dios las espaldas? Sin conversión no es posible la paz. Sin oración no hay conversión.

De ahí que os hayamos urgido a uniros a la oración de toda la Iglesia, a la que el Santo Padre ha convocado en esta hora tan difícil de la humanidad, en las preces litúrgicas, sobre todo, y acudiendo al rezo diario del Santo Rosario por la paz. Con una especial intención de urgente actualidad: ¡quieran los responsables de los pueblos y de las naciones, singularmente las más directamente afectadas por la crisis, incluido los de la nuestra, hacerse positivo eco de las gestiones del Santo Padre para preservar la paz, eliminando toda razón que pudiese pretendidamente justificar el uso de esa “última ratio” que es la intervención armada, la guerra! ¡Que le hagan caso al Papa!

A Santa María de La Almudena, Madre del Salvador, por el que ha sido reconciliado el mundo; a ella, Madre de la Iglesia y de los hombres, confiamos, como “niños pequeños en brazos de su madre” (Cfr. Sal 130), los frutos de nuestra plegaria:

“Unidos a las intenciones del Papa, oremos para que el Señor nos conceda el don de la paz, cese el terrorismo en España y en el mundo y desaparezca el peligro de la guerra”.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

**CARTA CON MOTIVO DEL CENTENARIO
DEL NACIMIENTO DE
D. JOSÉ MARÍA GARCÍA DE LAHIGUERA**

Madrid, 15 de febrero de 2003

Mis queridos hermanos sacerdotes:

El que fue Arzobispo de Valencia desde julio de 1969 hasta 1978 es para los sacerdotes de Madrid D. José María, D. José María García Lahiguera, entrañablemente unido a la historia personal de muchos sacerdotes y al Seminario Conciliar. En él estudió, en él fue ordenado sacerdote el 29 de mayo de 1926 y a él entregó su vida, como director espiritual, de 1932 a 1948. En 1950, fue preconizado Obispo Auxiliar de Madrid-Alcalá y consagrado el 29 de octubre del mismo año, hasta que en julio de 1964 es nombrado Obispo de Huelva.

Toda una vida al servicio de esta querida Iglesia de Madrid, de sus sacerdotes y de la formación de sus seminaristas. Esta preocupación por los sacerdotes lo lleva a fundar, el 25 de abril de 1938, junto con la M. María del Carmen Hidalgo de Caviedes y Gómez, la Congregación de Hermanas Oblatas de Cristo Sacerdote, de todos conocida.

El próximo día 9 de marzo se cumplen cien años del nacimiento de D. José María y es indudable que su recuerdo encierra para quienes lo conocisteis

y tratasteis, sentimientos y huellas imborrables. Será, sin duda, un recuerdo con frutos espirituales abundantes.

El acontecimiento me ofrece la ocasión para invitaros a vivir con especial intensidad, y, en su caso, a recuperar dos iniciativas muy queridas de D. José María, en las que trabajó con su apasionamiento característico: la fiesta de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote y los Jueves Sacerdotales.

D. José María fue un enamorado de Cristo, de su Sacerdocio, confiado ministerialmente a sus sacerdotes, y, como consecuencia muy querida, un apóstol de la santidad sacerdotal y de la oración como camino regio para lograrla, saborearla y difundirla en toda la Iglesia. Ser contemplativo del misterio de Cristo Sacerdote y lograr de Dios el don de la santidad para todos los sacerdotes y para todos los fieles, significa y es toda y una misma cosa.

Recordad que Juan Pablo II nos invita en *Novo Millenio Ineunte* a poner la santidad como nuestro primer objetivo pastoral.

Adjunto el folleto «Itinerario espiritual del Arzobispo José María García Lahiguera», editado por las HH. Oblatas de Cristo Sacerdote, y el programa de actos previstos para la celebración del centenario. Tenedlos muy en cuenta.

Con todo mi afecto y bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

EL SEGLAR, TESTIGO Y APÓSTOL DE LA FE EN LA SOCIEDAD ACTUAL

Con motivo de la III Jornada Diocesana
de Apostolado Seglar en Madrid

Alocución para Radio COPE
Madrid, 22 de Febrero 2003

Mis queridos hermanos y amigos:

Trasmitir la fe es tarea que incumbe a toda la Iglesia porque constituye el objetivo central, más aún, la esencia de su misión en el mundo. Para eso existe la Iglesia: para anunciar y dar a conocer a Jesucristo, Redentor del hombre, de modo que todos puedan llegar al conocimiento de la verdad y salvarse. El conocimiento salvador de Jesucristo es conocimiento vivo y para la vida. Se ha de transformar necesariamente en vida para desarrollar toda su virtualidad salvífica. Por ello la noticia del Evangelio cuando se recibe de verdad y en toda su verdad no sólo implica el asentimiento de la razón teórica, sino también el del corazón y de la voluntad libre, el de todo nuestro ser. El que cree en Jesucristo, se convierte a Él con toda su vida; le conoce, pone en él su esperanza, le ama y le sigue por todos los senderos de la existencia; en una palabra: vive de Él, con Él y para

Él. De aquí que a la Fe siga en la Iglesia el Bautismo, los demás sacramentos de la iniciación cristiana y la vida en Cristo. “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt. 28, 11-20). Así daba comienzo la misión de la Iglesia: con el envío de los Doce a predicar y a santificar a toda la humanidad, sin frontera alguna.

La fe la recibe la Iglesia de la Palabra y de la Vida, Muerte y Resurrección de Jesucristo por obra y gracia del Espíritu Santo, mediante el ministerio apostólico; y la trasmite consiguientemente también a través del testimonio de todos sus hijos con sus palabras y con sus vidas ofrecidas al Señor y a los hermanos en comunión fiel con los Apóstoles. En este contexto e imperativo evangélico de la transmisión de la fe con obras y palabras, con el testimonio pleno de toda la vida individual y comunitaria, es donde hay que colocar la especial vocación y responsabilidad de los seglares de cara a la misión de la Iglesia. Sin ellos, sin su compromiso y comportamiento cristiano en las tareas de edificar “el mundo” según los designios de Dios, que lo ha creado y redimido por la Sangre de su Hijo Jesús, la predicación de la fe, los signos sacramentales y la vida interna de la comunidad eclesial perderían expresividad, luminosidad y fuerza de atracción personal. La predicación de la palabra empalidecería y no llegaría a los no creyentes. Especialmente en una sociedad como la nuestra, donde la cultura y la técnica de la comunicación social han apostado decididamente por la secularización sistemática de la vida pública y el alejamiento, cuando no expulsión, de todo aquello -símbolos, ejemplos de vida, acontecimientos...- que llamen la atención sobre la presencia y la verdad de Dios entre los hombres. El apostolado de los laicos, siempre imprescindible para el íntegro ejercicio de la misión de la Iglesia en el anuncio y la transmisión del Evangelio, se muestra, por tanto, de una singular e inaplazable urgencia para nuestro tiempo.

Es legítimo, por ello, hablar de “la hora de los laicos” en la vida de la Iglesia. La doctrina del Vaticano II y el Magisterio Pontificio, que culmina en la Exhortación Postsinodal de Juan Pablo II “Christifideles Laici” de 1987, ofrecen la base doctrinal y pastoral actualizada que justifica esta apelación a su responsabilidad apostólica y misionera. En nuestra Archidiócesis de Madrid hemos abierto un cauce extraordinario para su ejercicio a través del III Sínodo Diocesano. La participación de los seglares de toda condición y edad en los

grupos sinodales de la fase preparatoria es nutridísima y ejemplar. Iniciativas nuevas han surgido, por otra parte, en el campo de la actuación de los católicos en la vida pública. La dirección y las metas están claramente marcadas. No podemos detenernos en el camino emprendido de los seglares comprometidos en la nueva evangelización. Necesitan el apoyo y acompañamiento espiritual y pastoral de los sacerdotes y de los consagrados, estimulante e ilusionado por ganar a los hombres de hoy en Madrid para Cristo y su Evangelio de la Vida. Nada más equivocado teológicamente y pastoralmente podría sucedernos que confundir “la hora de los seglares” con una hipótesis de acción y comunión eclesial que pensase y quisiera prescindir del ministerio apostólico de los Obispos y de sus necesarios colaboradores los presbíteros, y que desconociese el significado de existencial sostén espiritual que suponen los consagrados para la fecundidad apostólica de la vocación seglar. Los nuevos carismas que han inspirado las formas de consagración en medio del mundo, asumiendo las tareas profesionales y sociales del mismo, son todo un excelente “signo de los tiempos” a los que hay que prestar fina atención si queremos acertar en la recta interpretación de esa hora del seglar, de la que tan frecuentemente se oye hablar.

A María, Virgen y Madre, de Dios y de la Iglesia, Madre de los hombres, hay que mirar para comprender y llevar a la vida en las actuales circunstancias de la Iglesia y de la sociedad, tantas veces dramática la vocación del seglar, con auténtico espíritu evangélico. Mirémosla e invoquémosla con la plegaria confiada de los hijos.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

NOTA OFICIAL CON MOTIVO DE ATENTADO TERRORISTA

10 DE FEBRERO DE 2003

ANTE EL CRUEL ATENTADO DE ETA CONTRA EL SARGENTO JOSEBA PAGAZAURTUNDUA

En la mañana del sábado, 8 de febrero, la banda asesina volvió a atentar contra la vida y la libertad. Esta vez el atentado se produjo en la localidad guipuzcoana de Andoain contra el sargento de la Policía Municipal Joseba Pagazaurtundua, de 45 años, casado y padre de dos hijos, miembro del Partido Socialista de Euskadi y colaborador activo del grupo «Basta ya».

El Cardenal Arzobispo de Madrid y sus Obispos Auxiliares, en su nombre y en el de la Archidiócesis madrileña, desean manifestar, una vez más, su profundo dolor por este grave atentado a la vida y a la libertad, en la persona de Don Joseba Pagazaurtundua, así como su cercanía y afecto a todos sus familiares, compañeros y amigos, al tiempo que elevan su oración al Señor por su eterno descanso, y para que a todos ellos les conforte con el consuelo de su ternura infinita, fuente de la verdadera esperanza.

Al mismo tiempo, manifiestan su más absoluta y total condena de este nuevo atentado que busca causar la muerte de un ser humano, que es preciso

calificar muy claramente, en palabras de la Instrucción pastoral sobre la «valoración moral del terrorismo en España, de sus causas y de sus consecuencias», aprobada en la última Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, como «pecado gravísimo que *clama al cielo*». Ofende, en efecto, gravísimamente a Dios, y al hombre, creado a su imagen y semejanza. Recuerdan, asimismo, la afirmación de la citada Instrucción pastoral considerando que, «en España, el terrorismo de ETA se ha convertido desde hace años en la más grave amenaza contra la paz porque atenta cruelmente contra la vida humana, coarta la libertad de las personas y ciega el conocimiento de la verdad, de los hechos y de nuestra historia». Por ello, exhortan a la fidelidad a la verdad que nos hace libres, y que se ha manifestado en toda su plenitud en Jesucristo, subrayando cómo la luz y la fuerza que de Él dimanaban son la única esperanza verdadera para la paz, pues al mal sólo lo vence la abundancia del bien, de modo que la más urgente necesidad de nuestra sociedad es la conversión al Dios verdadero, el supremo Bien que vence al mal, en primer lugar en nosotros mismos, y permite construir ese mundo de solidaridad, unidad y paz, que tanto necesitamos en España y en el mundo.

VICARÍA GENERAL

COLECTA PONTIFICIA POR LOS SANTOS LUGARES

Dada la grave situación política y económica que se vive en Palestina y que tanto afecta a la pequeña comunidad cristiana, recordamos la obligatoriedad y urgencia de celebrar en el día de Viernes Santo la Colecta Pontificia por los Santos Lugares, Jornada de oración y solidaridad con los hermanos pobres que habitan en Tierra Santa.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

PÁRROCOS:

De San Emilio: D. Fausto Antonio Ramírez Rubio (25-02-2003).

OTROS OFICIOS:

Colaborador parroquial de Stmo. Redentor: P. Alberto de Mingo Kaminouchi, C.S.S.R (21-02-2003).

Capellán de la Comunidad Polaca en Madrid: P. Marian Sulik, S.V.D., «in solidum» con el P. Eugenio Jaworowski. S.V.D., Moderador (4-2-2003).

Coordinador de Laicos de la Vicaría I-Norte: D. Marcos Galiana Cortés (11-02-2003).

Asistente Eclesiástico de la Adoración Nocturna Femenina Española: D. Ángel Aller Rodríguez (25-02-2003).

DISTINCIONES PONTIFICIAS

CRUZ PRO ECCLESIA ET PONTIFICE:

D. Juan Abarca Campal.
D^a. Carmen Cidón Tamargo.

SAGRADAS ÓRDENES

El día 2 de febrero de 2003, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Manuel Monteiro de Castro, Nuncio Apostólico en España, con licencia del Emmo. Sr. Cardenal-Arzbispo de Madrid, confirió el Sagrado Orden del Diaconado, en la Iglesia de San Nicolás de los Servitas, de Madrid, a **Fray Andrés María Boluda Mud, O.S.M.**

DEFUNCIONES

- El día 2 de febrero de 2003, D. SALVADOR LARIO MARTÍNEZ, a los 72 años de edad, hermano del sacerdote D. Florián Lario Martínez, párroco de Beata María Ana de Jesús.

- El 5 de febrero de 2003, el Rvdo. Sr. D. ISMAEL DÍAZ VACAS, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Caspueñas (Guadalajara), el 17-6-1928. Ordenado en Toledo, el 7-6-1952. Incardinado en Madrid, el 5-10-1978. Fue capellán de las RR. del Amparo, de Collado Villalba (11-3-69 a 13-6-1979). Fue Director Espiritual y profesor de Religión del Instituto Collado Villalba, entre 1969 y 1978. Coadjutor de Galapagar (16-6-79 a 18-6-90), Coadjutor de San Martín (19-6-90 a 10-4-92), Coadjutor del Carmen y San Luis (25-5-92 a 1-10-1998). Estaba jubilado.

- El día 7 de febrero de 2003, D^a FELISA RUIZ, madre de María Dolores Camacho Ruiz, empleada del Arzobispado de Madrid.

- El día 10 de febrero de 2003, D. MANUEL GRANDE CAMPOS, sacerdote diocesano de Salamanca. Nació en Villarino de los Aires, el 21 de mayo de 1905. Ordenado en Salamanca, el 18 de junio de 1926. De 21-3-1951 a 31-12-1963 fue Colector de la Parroquia de Ntra. Sra. de los Dolores. Desde 1963 fue profesor de Religión del Colegio «España». Desde 1973 celebraba la Eucaristía en la parroquia Santísimo Cristo de la Victoria.

- El día 17 de febrero de 2003, D. JOSÉ MARÍA CABODEVILLA SÁNCHEZ, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Tafalla (Navarra), el 18 de marzo de 1928. Ordenado en Roma el 13 de agosto de 1952. Incardinado en Madrid el 2 de enero de 1965. Desde su llegada a Madrid, en agosto de 1964, ha sido Capellán en colegios de las Religiosas Escolapias, primero del Colegio Mayor Paula Montalt y más tarde del Colegio de Enseñanza Primaria y Secundaria.

- El día 20 de febrero de 2003, D. JESÚS ESCRIBANO MORENO, a los 57 años de edad, hermano del sacerdote D. Lorenzo Escribano, párroco de la Parroquia de Virgen del Castillo, de Madrid.

- El día 21 de febrero de 2003, D. VICENTE ALBERRUCHE ALBERRUCHE, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Madrid, el 10 de febrero de 1924. Ordenado en Madrid el 10 de marzo de 1951. Fue Ecónomo de Cervera Buitrago Encargado de El Atazar (1951-1953); Coadjutor de Torrelaguna (1953-1955); Coadjutor de San Antonio de la Florida (1955); Coadjutor de la parroquia del Espíritu Santo (1955-1966); Ecónomo de Nuestra Señora del Tránsito (1966); Arcipreste de San Juan Bautista (1979) y Delegado Pastoral de Comunidades, en la Vicaría I. Estaba jubilado desde el 31-08-1996.

- El día 24 de febrero de 2003, el R.P. ROGELIO MARTÍNEZ IGLESIAS, OSA. Nació en Arnuid (Orense), el 4 de abril de 1928. Ordenado en Valladolid, el 29 de Marzo de 1952. Ha sido Vicario parroquial de la parroquia de Santa María del Bosque, de Madrid, desde 1-11-1990 a 8-6-1999 y desde 20-9-2002 hasta su fallecimiento.

- El día 25 de febrero de 2003, D. EDUARDO PEDRAZA MUÑOZ, a los 73 años de edad, padre del sacerdote diocesano D. Javier Pedraza Ferret, misionero en Brasil.

ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL FEBRERO 2003

Día 1: Entrega de Distinción Pontificia a los doctores D. Juan Abarca y D^a.Carmen Cidón.

Día 2: Eucaristía en la Catedral de la Almudena con motivo de la Jornada por la Vida Consagrada.

Día 4: Consejo Episcopal.

Día 5: Eucaristía en la Catedral de la Almudena con motivo de la Jornada de Manos Unidas.

Día 6: Consejo de Economía de la CEE.

Encuentro en el Seminario Conciliar de Madrid con la Comisión Preparatoria del Sínodo.

Día 7: Reunión de la Provincia Eclesiástica.

Día 8: Consejo de Pastoral en el Seminario de Madrid.

Día 11: Consejo Episcopal.

Reunión del Patronato de Salamanca.

Día 13: Comité Ejecutivo de la CEE.

Día 14: Consagración de las Vírgenes en el Convento de la Encarnación.

Día 15: Confirmaciones en la parroquia de San Bonifacio.

Día 16: Clausura de la visita pastoral al Arciprestazgo de Santa María del Bosque en la parroquia del mismo nombre.

Día 18-20: Comisión Permanente de la CEE.

Día 21: Consejo Episcopal.

Visita pastoral a la parroquia de Nuestra Señora de la Guía.

Día 22: Jornada de Apostolado Secular.

Día 23: Inauguración de la ermita Nuestra Señora de la Soledad, en Barajas.

Eucaristía con la ANFE (Adoración Nocturna Femenina).

Día 24: Visita una comunidad de seminaristas.

Día 25: Consejo Episcopal.

Día 26: Conferencia sobre la familia en Barcelona.

Día 27: Reunión con los Delegados diocesanos.

Día 28: Confirmaciones en el Colegio de las Madres Concepcionistas.

DELEGACIÓN PARA LA CAUSA DE LOS SANTOS

CAUSA DE CANONIZACIÓN

ANTONIO MARÍA ROUCO VARELA

CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

D^a Silvia Correale, Postuladora legítimamente constituida para la Causa de Canonización del Siervo de Dios Guillermo Roviroso Albet, seglar, Promotor y primer militante de la Hermandad Obrera de Acción Católica Española (H.O.A.C.), en su escrito el 11 de febrero de 2003, me pide introduzca la Causa de Canonización de dicho Siervo de Dios.

El artículo 11/b de las NORMAE SERVANDAE de la Congregación de las Causas de los Santos, de fecha 7 de febrero de 1983, establece que debe hacerse pública en la Diócesis la petición de la Postuladora, invitando a todos los fieles a que manifiesten todo aquello que pueda ser útil en la Causa, tanto a favor como en contra de la misma.

En consecuencia exhorto a todos los fieles de esta Archidiócesis, para que en el plazo de 40 días, a partir de la publicación de este Decreto, expongan a mí o a mi Delegado Episcopal para las Causas de los Santos, todo aquello que pueda ser útil en la introducción de la mencionada Causa, incluso lo que pueda

ser contrario a la misma; y presenten los escritos o documentos que tengan en su poder relativos al Siervo de Dios.

Madrid, 18 de febrero de 2003.

† Antonio M^a Rouco Varela.
Cardenal Arzobispo de Madrid

Por mandato de su Emcia. Rvdma.
Maria Teresa Rodríguez

SR. OBISPO

**JORNADA DE LA VIDA CONSAGRADA.
FIESTA DE LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR**

(Catedral, 2 Febrero 2003)

Lecturas: *Ml* 3,1-4; *Hb* 2,14-18; *Lc* 2,22-40

1. El anciano Simeón, cuando los padres de Jesús lo introducen en el templo para cumplir lo que la Ley prescribía sobre él, le tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz; porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos» (*Lc* 2,29-31). Simeón era un hombre justo y piadoso, que vivía en Jerusalén y aguardaba la salvación del pueblo de Israel. Desde hace algunos años, el Santo Padre ha tenido a bien que el día de hoy, la Iglesia celebre en la fiesta de la Presentación del Señor lo que significa la Vida consagrada. Vosotros, las personas de especial consagración habéis encontrado al Salvador, que ha cambiado vuestras vidas. Cristo Jesús ha salido a vuestro encuentro, en la Iglesia, y ha entablado una relación de profunda fraternidad con vosotros. A Simeón le llenó de alegría el encuentro con Jesús; a vosotros, el encuentro con Él os ha llenado vuestra vida de sentido y de gozo vuestro corazón.

2. Muchos hombres de nuestro tiempo también esperan, como Simeón, encontrar sentido a sus vidas y anhelan la salvación que Cristo nos trae. Como dice el Concilio Vaticano II: “El misterio del hombre sólo se esclarece en el

misterio del Verbo encarnado” (*Gaudium et spes*, 22). Cristo se ha entregado por nosotros y nos ha dado ejemplo para seguir sus pasos. La vida y la muerte se santifican y adquieren nuevo sentido para los que le siguen. Quien sigue de cerca a Jesucristo, consagrándose en cuerpo y alma a Él, mediante la obediencia, la castidad y la pobreza, puede captar el sentido profundo y verdadero de su vida y experimentar la inmensidad del conocimiento del amor de Cristo, que excede a todo conocimiento (cf. *Ef* 3, 18-19). A partir de esta experiencia, los consagrados pueden ayudar a muchas personas, que están en busca de Dios, a acercarse al manantial del amor divino y a beber de sus aguas cristalinas.

3. Las lecturas de hoy nos presentan dos imágenes, tomadas de los elementos de la naturaleza, para describir la misión del Hijo de Dios: La primera es el fuego. El profeta Malaquías, refiriéndose al Mesías, como mensajero de la alianza y Señor del pueblo de Israel, dice: «Será un fuego de fundidor» (*Ml* 3,2), que, como a plata y a oro refinará a los hijos de Leví (cf. *Ml* 3,3). El Señor quiere purificar a sus hijos y hacer que brille en ellos el tesoro escondido en sus corazones. Todos vosotros, estimados consagrados, habéis recibido un carisma de Dios para enriquecimiento de la Iglesia. El Señor quiere pasar por fuego vuestros carismas, para que brillen en todo su esplendor, para que sean estimados en su propio valor y para que enriquezcan la Iglesia. Hoy damos gracias a Dios por todos vosotros, por vuestra entrega al Señor, por vuestra consagración mediante los consejos evangélicos y por los carismas que cada uno encarnáis.

4. La segunda imagen que la liturgia nos ofrece, en esta fiesta de la Presentación del Señor, es la de la luz. El anciano Simeón, teniendo en brazos a Jesús, lo proclama: «Luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel» (*Lc* 2,32). La Iglesia cree que Cristo, muerto y resucitado por todos, “da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse. Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro” (*Gaudium et spes*, 10). San Juan, en el Prólogo a su Evangelio, dice que en Cristo, Palabra encarnada, «estaba la vida y la vida era la luz de los hombres» (*Jn* 1,4).

5. Hemos iniciado esta celebración bendiciendo los cirios encendidos, que teníamos en nuestras manos. Con ese gesto se simbolizaba que Cristo es

nuestra luz y expresábamos así nuestra adhesión de fe a Jesús, nuestro deseo de caminar a su luz y nuestro compromiso de ser testigos de esa «luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo» (*Jn 1,9*). Todo cristiano ha sido iluminado en el bautismo por la luz de Jesucristo. Para vosotros, estimados consagrados, esa iluminación bautismal se ha hecho más patente y refleja en vuestra entrega total al Señor, al servicio de la Iglesia. No puede quedar vuestra lámpara escondida debajo del celemín, sino que ha de brillar «vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (*Mt 5,16*). Tenéis una tarea muy importante. Habéis recibido unos carismas, unas luces, que han de iluminar a todo hombre, a todo creyente y a todo cristiano.

6. El Concilio Vaticano II titula la constitución sobre la Iglesia “*Lumen gentium*”, es decir, luz de las gentes: “Por ser Cristo luz de las gentes, este sagrado Concilio, reunido bajo la inspiración del Espíritu Santo, desea vehementemente iluminar a todos los hombres con su claridad, que resplandece sobre el haz de la Iglesia, anunciando el Evangelio a toda criatura (cf. *Mc 16,15*)” (*Lumen gentium*, 1). Este deseo del Concilio es vuestra misión. Anunciando a Cristo, luz de las gentes, seréis sal de la tierra y luz del mundo: “En el presente orden de cosas, del que surge una nueva condición de la humanidad, la Iglesia, sal de la tierra y luz del mundo (cf. *Mt 5,13-14*), se siente llamada con más urgencia a salvar y renovar a toda criatura, para que todo se instaure en Cristo y todos los hombres constituyan en él una única familia y un solo pueblo de Dios” (*Ad gentes*, 1).

7. La carta a los Hebreos nos ha recordado que Jesús asume nuestra humanidad para llevar a cabo la obra de salvación. Él quiso «parecerse en todo a sus hermanos» (*Hb 2,17*). Con la entrega libre de su vida nos mereció la redención, reconciliándonos con Dios y liberándonos de la esclavitud del pecado (cf. *Hb 2,15*). Jesús, siendo de condición divina, quiso rebajarse y humillarse hasta morir en la cruz por nosotros (cf. *Flp 2,6-8*). Esta es la experiencia de fe de todos vosotros, estimados consagrados. Habéis sido redimidos por Cristo Jesús y habéis puesto en Él vuestra esperanza. Esto es también propio de todo cristiano. Él es el modelo que debéis imitar, ayudados por el ejemplo de vuestros Fundadores. Todos los carismas encuentran en la entrega total de Cristo la fuente original de su existencia. Los carismas son dones del Espíritu que incitan a vivir de manera concreta el amor de Dios al hombre y de éste a Dios.

8. Los hombres formamos la gran familia de los hijos de Dios. Y como dice la carta a los Hebreos: «Los hijos de una familia son todos de la misma carne y sangre, y de nuestra carne y sangre participó también Jesús; así, muriendo, aniquiló al que tenía el poder de la muerte, es decir, al diablo» (*Hb 2,14*). El Concilio explicita la forma con que el Señor vivió entre nosotros: “El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado” (*Gaudium et spes*, 22). Si los consagrados queréis imitar al Señor, toda vuestra vida ha de ser un acercamiento constante al hombre de nuestro tiempo, sobretodo al más necesitado: necesitado de bienes materiales o necesitado de bienes espirituales, necesitado de fe, de amor y de esperanza cristianas.

9. El Señor quiere que prolonguéis, en cierto modo, su presencia entre los hombres. El Concilio nos recuerda: “Como el mismo Cristo escudriñó el corazón de los hombres y los ha conducido con un coloquio verdaderamente humano a la luz divina, así sus discípulos, inundados profundamente por el espíritu de Cristo, deben conocer a los hombres entre los que viven, y tratar con ellos, para advertir en diálogo sincero y paciente las riquezas que Dios generoso ha distribuido a las gentes; y, al mismo tiempo, esfuércense en examinar sus riquezas con la luz evangélica, liberarlas y reducirlas al dominio de Dios Salvador” (*Ad gentes*, 11). El Señor os pide que os acerquéis al hombre concreto, y que trasforméis su cultura con la fuerza del Evangelio.

10. Hoy la Iglesia agradece a Dios todos y cada uno de los carismas de las distintas familias de vida consagrada. Gracias, estimados hijos, por vuestra entrega al Señor, cada uno desde su carisma: en la vida activa o contemplativa. Gracias también por vuestra presencia en la diócesis de Alcalá de Henares. ¡Enriqueced la Iglesia con los dones que el Espíritu Santo os ha dado! ¡Haced presente entre los hombres al Señor Jesús, a través de vuestras vidas, de vuestro trabajo y de vuestra entrega diaria! ¡Sentiros cada día más miembros de la familia diocesana! Y, finalmente, renovad ahora vuestro compromiso de consagrados! ¡Que la Virgen María, nuestra Madre, interceda por nosotros con su maternal solicitud y nos ayude a ser fieles a la misión que el Señor nos encomienda a cada uno! Amén.

FIESTA DE SAN BLAS

(Ajalvir, 3 Febrero 2003)

Lecturas: *Sb* 3,1-9; *Hb* 11,32-40; *Mc* 16,15-20

1. La carta a los Hebreos nos ha recordado lo que sucede a las personas que aman a Dios y entregan su vida por Él, en testimonio de la verdad. Los mártires han soportado por Cristo, como San Blas, toda clase de tormentos y vejaciones: «Unos fueron torturados, rehusando la liberación por conseguir una resurrección mejor; otros soportaron burlas y azotes, y hasta cadenas y prisiones; apedreados, torturados, aserrados, muertos a espada; anduvieron errantes cubiertos de pieles de oveja y de cabras; faltos de todo; oprimidos y maltratados» (*Hb* 11,35-37). En todas las épocas de la Iglesia ha habido mártires, es decir, testigos de Dios, que han ofrecido su vida hasta el derramamiento de su sangre.

2. San Blas, cuya fiesta hoy celebramos, es uno de tantos mártires que han dado su vida en testimonio de su fe. Nació en Armenia a finales del siglo III. Era doctor en medicina y un hombre de vida ejemplar. Se le tiene por obispo de Sebaste, su ciudad natal, donde se había retirado por inspiración de Dios a un monte llamado Angeo, donde hacía vida de ermitaño en una cueva. Se le supone mártir en la última persecución romana, que en Oriente encabezó Licinio. Es torturado de innumerables y crueles formas y Dios obra prodigios y conversiones en medio de los suplicios. Finalmente muere decapitado en el 316.

3. Como dice el libro de la Sabiduría: «Dios los sometió a prueba y los halló dignos de sí. Como oro en el crisol los probó y como holocausto los aceptó» (*Sb* 3,5-6). Para que reluciera más claramente la fe de Blas, Dios lo puso a prueba y lo pasó por el crisol. De la misma manera que un metal precioso, como el oro, al pasarlo por el fuego queda limpio y purificado, así quiso el Señor purificar a Blas, para que su amor a Dios resultara más brillante y precioso. De este modo dio testimonio de la fe cristiana y muchas personas pudieron aceptar el Evangelio.

4. El libro de la Sabiduría nos anima a dar testimonio de Cristo, como lo hizo San Blas, y nos induce a la esperanza, recordándonos que la vida de los mártires está siempre en manos de Dios: «Las almas de los justos están en las manos de Dios y no les alcanzará tormento alguno» (*Sb* 3,1). Después de sufrir tantas penalidades, gozan de la gran recompensa de la presencia de Dios en la vida eterna: «Aunque, a juicio de los hombres, hayan sufrido castigos, su esperanza estaba llena de inmortalidad» (*Sb* 3,4). Lo que mantiene firme y sereno al testigo de Cristo es la imperturbable esperanza de la inmortalidad y la recompensa de la vida eterna.

5. Esto escapa a la simple mirada humana y sólo puede ser apreciado con los ojos de la fe: «A los ojos de los insensatos pareció que habían muerto; se tuvo por quebranto su salida, y su partida de entre nosotros por completa destrucción; pero ellos están en la paz» (*Sb* 3,2-3). Nuestro mundo necesita testigos del amor de Dios, pero cuando los tiene delante es incapaz de reconocerlos; por eso la carta a los Hebreos reconoce que los mártires son personas excelentes, que sus contemporáneos no reconocen como tales: «¡Hombres de los que no era digno el mundo!» (*Hb* 11,38). Los emperadores romanos y sus cónsules y gobernadores, que dictaron sentencia de muerte contra Blas, no fueron dignos de un hombre auténtico como él.

6. Cuenta la tradición que San Blas realizó el milagro de salvar de la muerte a un niño, cuya vida peligraba porque una espina se le había atravesado en la garganta. Esta tradición está en la base de la llamada “bendición de San Blas” contra los males de garganta, que llegó a entrar en el Ritual Romano. Si Blas es invocado como poderoso intercesor para la salud del cuerpo, es porque ha sido mártir de su Iglesia, esto es, testigo de los sufrimientos de Cristo, en el ejercicio de su ministerio episcopal. El Señor Jesús encomendó al apóstol Pedro el cuidado del rebaño, diciéndole: “Apacienta mis ovejas” (*Jn* 21,16). San

Agustín, comentando esta escena evangélica, dice que “apacentar las ovejas” es lo mismo que decir: “sufre por mis ovejas”. Esto mismo podemos aplicarlo a San Blas, obispo, que entregó su vida por el evangelio. Nuestras voces, nuestras “gargantas”, a ejemplo de San Blas, deben proclamar, entre nuestros contemporáneos y entre nuestros paisanos, la Buena Nueva de la salvación. Hemos de predicar el Evangelio hasta quedar sin voz. San Blas nos invita en su fiesta a ser testigos de la fe y pregoneros del Evangelio de Jesucristo.

7. Los mártires continúan existiendo en nuestro tiempo. El Card. François-Xavier Nguyễn van Thuân, nacido en 1928 y fallecido en el año 2002, siendo arzobispo de Saigón (Vietnam) fue arrestado por el régimen comunista y sufrió varios años de cárcel. Después de su liberación fue llamado por el Santo Padre para trabajar en el Vaticano, donde tuve la oportunidad de conocerle. Muchos fieles de nuestra diócesis de Alcalá tuvimos ocasión de verle, en febrero de 2002, en Loeches y oír su testimonio. En una de sus meditaciones reflexionaba sobre los mártires del siglo XX: “He visto yo mismo en prisión el sufrimiento de la Iglesia. Sentía pasar el tiempo, día tras día, sin ver el final. ¿Cuánto más durará la noche?, me preguntaba. Empezaba en esos momentos a comprender mejor el significado del martirio. No me refiero al martirio cruento, que también era una posibilidad que tenía por delante. Sino al martirio como una vida que no se pone límites, ese que también tiende a su conservación, por amor de Dios, por fidelidad a la unidad y a la comunión de la Iglesia, por el servicio al Evangelio”.

8. “El cristiano no desprecia la vida”, decía el arzobispo, sino que más bien intenta no poner límites al amor por el Señor, ni siquiera para salvar la propia vida y alcanzar la propia felicidad. La herencia de los mártires no es el heroísmo, sino la fidelidad. Y la fidelidad madura cuando se vuelve la mirada hacia Jesús, modelo de vida cristiana, modelo de todo testimonio, modelo de todo mártir. El Cardenal escribía en la prisión: “Mira a la cruz y encontrarás la solución a todos los problemas que te contrarían. Los mártires también le miraron a Él. Todos podemos contemplarlo en los momentos de su martirio, solo, abandonado, crucificado”.

9. El pueblo de Israel ante la cruz de Jesús no comprende esa actitud y está esperando una acción espectacular: «A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse. Rey de Israel es: que baje ahora de la cruz, y creemos en él» (*Mt* 27,42). Pero Jesús, aceptando la voluntad del Padre, se mantiene fiel y perma-

nece en la cruz. ¿Por qué nos cuesta tanto aceptar la voluntad de Dios y le pedimos curaciones y milagros, para satisfacer nuestros propios deseos y buscar la propia felicidad, dejando a un lado lo que el Señor quiere de nosotros? No es esto, precisamente lo que hizo Jesús en la cruz, ni lo que hizo San Blas, ni lo que hicieron tantos mártires de la fe. Ser devotos de San Blas, o miembros de la Hermandad de San Blas, implica aceptar la voluntad de Dios en nuestras vidas. No se trata sólo de realizar algunos actos de piedad, sino de vivir en actitud de amor a Dios y a los hermanos.

10. También hoy sigue habiendo cristianos que valoran más la aceptación de la voluntad de Dios que su propia vida. “No sabemos cuántos le han contemplado en la soledad de las prisiones –dice el Arzobispo vietnamita–, en las últimas horas después de una sentencia de muerte, en las largas noches a la espera de una mano asesina que se sabe inminente, en el frío de los campos de concentración, en el dolor y en la fatiga de marchas insensatas. No sabemos cuántos levantaron sus ojos hacia Él y conformaron su vida al martirio: ¡tantos, más de los que creemos!”. Sucedió aquello que está escrito en la carta a los Hebreos: «Por tanto, también nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe, el cual, en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia y está sentado a la diestra del trono de Dios. Fijaos en aquel que soportó tal contradicción de parte de los pecadores, para que no desfallezcáis faltos de ánimo» (*Hb* 12,1-3).

11. No son historias antiguas, ya pasadas, estimados hermanos. Juan Pablo II nos ha invitado, en su carta apostólica “*Novo millennio ineunte*”, a tomar conciencia de los “nuevos mártires”: “Sin embargo, la viva conciencia penitencial no nos ha impedido dar gloria al Señor por todo lo que ha obrado a lo largo de los siglos, y especialmente en el siglo que hemos dejado atrás, concediendo a su Iglesia *una gran multitud de santos y de mártires*” (n.7). El siglo XX, donde ha habido tanto bienestar, tanto apego a la vida, tanto miedo a perderla, ha sido también el siglo del martirio cristiano. Los mártires han estado entre nosotros. Son muchas las naciones, entre ellas la nuestra, en las que ha habido “mártires de Cristo”. Ellos son la fuerza de la Iglesia de hoy y del siglo que se ha abierto. Como dice el Papa: “Es una herencia que no se debe perder y que se ha de transmitir para un perenne deber de gratitud y un renovado propósito de imitación” (*Novo millennio ineunte*, 7).

12. Honrar a San Blas es ensalzar también a todos los mártires que a lo largo de la historia de la Iglesia han entregado su vida por Cristo. En el evangelio de hoy el Señor nos mandaba: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará» (Mc 6,15-16). Seamos testigos del amor de Dios en esta sociedad nuestra, tan convulsionada por acontecimientos que desestabilizan la paz, tan necesitada de sentido de la vida, tan vacía de trascendencia, tan pobre de la experiencia de Dios. Los apóstoles «salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos y confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban» (Mc 6,20). Salgamos nosotros de este templo con el compromiso de dar a conocer el Evangelio, la Buena Nueva y de educar en la fe a las nuevas generaciones. Pidamos a San Blas que nos ayude a vivir como auténticos cristianos del siglo XXI, dando verdadero testimonio de nuestra fe cristiana. Amén.

FUNERAL DEL RVDO. P. JUAN DE THOURY, SACERDOTE MONFORTIANO

(Parroquia Ntra. Sra. del Rosario - Torrejón, 3 Febrero 2003)

Lecturas: *Rm* 6, 3-9; *Mc* 15,33-37 – 16,1-6.

1. Hemos encendido el cirio pascual, símbolo de la luz de Cristo resucitado, que nos recuerda el bautismo de todo cristiano. Los cristianos hemos sido incorporados a Cristo por el bautismo. El padre Juan fue también de este modo incorporado a la muerte y a la resurrección de Jesús. Cristo, con su muerte, dio muerte al pecado y a la muerte definitiva del hombre, pero no a la muerte temporal. Como dice la carta a los Romanos: «Los que por el bautismo nos incorporamos a Cristo, fuimos incorporados a su muerte» (*Rm* 6,3). Al mismo tiempo, el bautismo simboliza la resurrección de Jesucristo. El evangelio, que hemos escuchado, nos ha narrado la muerte de Jesús en la cruz por amor a los hombres y la resurrección de Jesucristo de entre los muertos. A esa doble acción de Cristo, su muerte como donación y su resurrección por ser Dios, ha sido incorporado nuestro hermano Juan, no sólo en su bautismo, sino también ahora con su muerte temporal. «Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva» (*Rm* 6,4).

2. El camino, que el padre Juan inició en su bautismo, lo prosiguió después en fidelidad a la llamada de Dios al sacerdocio. El Señor quiso llamarle para que desempeñara el ministerio sacerdotal, representando a Cristo cabeza, sacerdote y pastor. Nuestro hermano Juan ha estado presidiendo la eucaristía, durante casi treinta años aquí entre nosotros; hoy, por primera vez, están presentes sus restos mortales, pero él no participará sacramentalmente en esta eucaristía. Ahora contempla en el cielo cara a cara al Señor y no tiene necesidad de signos visibles sacramentales. Él ha estado al frente de esta comunidad cristiana, ejerciendo el sacerdocio de Jesucristo y, por tanto, representándole como cabeza y pastor.

3. El ministerio sacerdotal lo ha ejercido en el marco de la Congregación de los Padres Montfortianos. El Señor lo ha llamado a ejercer el sacerdocio dentro de esta familia religiosa, bien conocida de todos vosotros, estimados feligreses de esta parroquia. En la vida del padre Juan hay dos notas características, heredadas del carisma montfortiano: La primera es la devoción a la Virgen María. San Luis de Grignon de Monfort, fundador de la congregación de los Montfortianos, decía: “*A quien Dios quiere hacer muy santo, lo hace muy devoto de la Virgen María*”. Esta parroquia lleva el nombre de “Nuestra Señora del Rosario”, como expresión de la devoción mariana que la congregación montfortina ha plasmado en ella; y no sólo en el nombre de la parroquia, sino también en los ejercicios de piedad y en la devoción a la Virgen. El carisma de la “Sociedad de María” (“*Societatis Mariae Montfortana*”) ha ido configurando la religiosidad de esta parroquia y la devoción mariana ha ido arraigando en esta comunidad cristiana. La Virgen María ha acompañado en su ministerio sacerdotal al padre Juan y también a esta comunidad, desde su fundación.

4. Una segunda característica de la congregación montfortiana es la dimensión misionera. El padre Juan, hacia el año 1970, dejó su tierra natal (Plomeur) y su país (Francia) para venir a España y afincarse en la entonces archidiócesis de Madrid-Alcalá. Al principio trabajó como profesor en un colegio de la Congregación en Loeches (Madrid). Después, en el año 1977, fue destinado a esta Parroquia como colaborador, asumiendo años más tarde la responsabilidad como párroco. El Superior de su Congregación le envía a España para desempeñar una misión evangelizadora y de formación de sus hermanos de Congregación; misión que él acepta desde la obediencia. El padre Juan se dedicó a la evangelización en una parroquia nueva de suburbio, donde empezaba a llegar, como sabéis muy bien vosotros, estimados feligreses de esta parro-

quia, gente de muchos sitios de España. Había que predicar la Palabra de Dios, para que resonara en el corazón de los oyentes.

5. En esa doble vía, mariana y misionera, se encarna el ejercicio del sacerdocio ministerial del padre Juan: por una parte, afincado en la devoción a la Virgen María y, por otra, pregonero intrépido del evangelio de Jesucristo, anunciador de la Buena Nueva. En esta celebración proclamamos la gran noticia de la salvación, que Cristo nos trae. Queremos decir a todo el mundo que la cruz de Cristo nos salva y que la resurrección de Jesucristo nos resucita con Él. Confesamos con San Pablo (cf. *Rm* 6,3-6) que, si nos incorporamos a la muerte de Cristo, entregándonos día a día, si vivimos injertados en la vid, que es Jesucristo, si participamos de su palabra y de su banquete eucarístico, viviremos con Él en su reino eterno.

6. Aunque no soy partidario de hacer panegíricos en una misa de funeral, no puedo dejar de decir que el padre Juan fue un sacerdote sencillo y humilde; podéis dar mejor testimonio de ello los que habéis compartido con él estos largos años. Jesús en una oración al Padre dice: «Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla» (*Mt* 11,25). Ante Dios todos somos hijos pequeños; ante Dios todos somos niños y Él nos invita a ponernos en su regazo de Padre, como niños confiados a su cuidado. El padre Juan, cuyos restos mortales tenemos delante, nos hace hoy esta invitación y nos anima a poner nuestra vida en las manos del Padre. Jesucristo, el Hijo de Dios, hizo la voluntad del Padre, poniéndose en sus manos y se inmoló por nosotros aceptando la cruz, cuando podía haberlo evitado. A través del testimonio de este sacerdote, sencillo y humilde, que ha querido aceptar la voluntad de Dios poniéndose en sus manos, el Señor nos llama a todos a aceptar con agrado lo que Dios nos pida.

7. En la víspera de su muerte, el padre Juan le comentó a un sacerdote, presente en esta celebración, que tenía en su mesilla de noche como libro de lectura “*El libro de la buena muerte y de las bienaventuranzas*” del cardenal Lustiger, arzobispo de París. Parece ser que en dicho libro había escrito una nota, antes de ir al hospital para someterse a la operación. No sabemos aún qué dice dicha nota, pero, por la forma en que se lo comentaba a este sacerdote, era un gesto suyo de ponerse en las manos de Dios, para que se hiciera su voluntad. Nadie esperábamos este desenlace final. Todos pensábamos, incluso él mismo, que iba a ser una sencilla operación y que a los pocos días volvería a casa.

Aunque nos ha cogido a todos por sorpresa, él estaba leyendo ese libro y tal vez el Señor, providencialmente, le estaba preparando para su encuentro con Él; así se ha expresado él horas antes de morir. Su actitud es una invitación para ponernos en los brazos del buen Padre Dios y en el regazo de la Virgen María, nuestra Madre. El cristiano debe renunciar a sus proyectos propios y aceptar el proyecto de Dios en su vida.

8. El padre Juan ha sido un sacerdote cercano a la gente y alegre. Siempre me ha producido una grata alegría su buen humor; hasta en los últimos momentos de su vida bromeaba con los médicos y enfermeras. La alegría y la paz son dones del Espíritu Santo, por eso se ha dicho siempre que un “santo triste” es un “triste santo”. Pidamos al Señor que nos conceda su alegría y su paz a los que quedamos en este mundo. El saludo del Señor resucitado a los apóstoles es siempre: “la paz con vosotros” (cf. *Lc* 24,36). Al inicio de cada eucaristía, el celebrante dice: “la paz con vosotros”.

9. En esta eucaristía pedimos por nuestro hermano Juan, para que el Señor le conceda su paz eterna y la alegría plena; no las alegrías terrenales que vienen y se van, sino la alegría de estar con el Padre que nos ama; el contento de participar en la vida trinitaria; el gozo de contemplar a la Trinidad, que nos llama; la alegría de vivir plenamente el amor total de Dios, sin obstáculos ni limitaciones. Eso es lo que pedimos a Dios en esta eucaristía por nuestro querido hermano Juan. Para nosotros también pedimos que el Señor os conceda su paz y amor, en esta peregrinación hacia la casa paterna.

10. Quiero agradecer a los Padres Monfortianos la presencia de su Congregación en la Diócesis de Alcalá. De manera especial en esta circunstancia, la presencia del Rvdo.P. Juan de Thoury, sacerdote monfortiano, que ha sido un regalo para todos nosotros. Me dirijo ahora a sus familiares, venidos de Francia para esta ocasión: Je veux vous remercier pour la présence entre nous du Père Jean de Thoury, pendant plus de trente ans. Premièrement au service de l'Archidiocèse de Madrid et après au service de la diocèse d'Alcalá de Henares. La présence du Père Jean ha été un don de l'Esprit Saint pour notre église, un cadeau de Dieu que nous avons peu jouir et partager. Merci beaucoup. Vamos a continuar nuestra celebración eucarística pidiendo por Juan, por su feliz y eterno descanso en la paz de Dios. Amén.

CAMPAÑA DE "MANOS UNIDAS"

(Catedral, 6 Febrero 2003)

Lecturas: *Hb* 12,18-19.21-24; *Mc* 6,7-13

1. La campaña de "Manos Unidas" ha ido reflexionando, a lo largo de estos últimos años, sobre el tema de la paz; de lo que supone la paz para todo el mundo y de lo frágil que es al mismo tiempo. Hace tres años tenía como lema: "Paz y Justicia". Si quieres la paz, hay que empezar por respetar la justicia, por respetar los derechos de todos los hombres. Si hay injusticia y se atropella al hombre, necesariamente al final éste se rebela contra dicha situación. El lema del año pasado pretendía relacionar "Paz y Violencia". Si se quiere la paz, hay que desterrar primero la violencia, pues no puede haber diálogo cuando hay tensión violenta.

2. Este año el lema relaciona la paz con "El desarrollo". Termina así un ciclo de reflexión y de oración sobre la paz. Precisamente en estos días las Naciones Unidas están celebrando reuniones sobre el tema de la paz mundial; o peor, sobre el tema de una posible guerra en Irak. El tema del desarrollo es importante, porque nos ayuda a poner las bases de la paz. Los lemas, objetivos y temas tratados en las diversas campañas, nos pueden ayudar a centrar la reflexión.

3. Según el Antiguo Testamento la presencia de Dios se percibía y se significaba a través de los elementos de la naturaleza: el fuego, la zarza ardiente,

el huracán, el monte, la nube. La lectura que hemos escuchado, de la carta a los Hebreos, decía: «No os habéis acercado a una realidad sensible: fuego ardiente, oscuridad, tinieblas, huracán (...). Os habéis acercado al monte Sión, a la ciudad de Dios vivo, la Jerusalén celestial, y a miríadas de ángeles, reunión solemne» (*Hb* 12,18.22). Nos dice a los cristianos que nos hemos acercado a Jesús, «mediador de una nueva Alianza» (*Hb* 12,24). Ya no son signos de la naturaleza, sino la misma persona de Jesucristo, el Hijo de Dios, quien ha venido a traernos la salvación, el que nos ha revelado el amor del Padre, el que es la palabra de vida, el que es la palabra de verdad, el que es la libertad auténtica, el que es el «Príncipe de la Paz» (*Is* 9,5).

4. Existen muchas asociaciones humanitarias, nacidas en estos últimos años, que colaboran en pro del desarrollo y llevan adelante en el Tercer Mundo muchos proyectos: escuelas, hospitales, transformación del suelo, pozos de agua. Hay muchas asociaciones en este sentido, pero no todas las asociaciones están fundamentadas y motivadas en la persona de Jesucristo. Los cristianos tenemos la presencia de Dios, que da sentido a nuestra vida e ilumina toda situación humana y todo problema. La carta a los Hebreos nos recuerda que nuestra acción no debe estar determinada por un simple humanitarismo, o peor aún, por un simple orgullo humano de haber ayudado en algún proyecto del Tercer Mundo. Existe una gran diferencia entre una organización humanitaria no-confesional y una asociación de fieles cristianos, como “Manos Unidas”.

5. A los cristianos nos anima Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios. Nuestra motivación se funda en nuestra pertenencia a la Iglesia de Jesús; eso es lo que nos mueve y lo que purifica nuestra actividad caritativa y social. Hay muchos movimientos laicistas que respetan la naturaleza por motivos meramente humanos, pero los cristianos tenemos una motivación mucho más profunda: la de ser colaboradores de Dios. Dios ha creado el mundo y ha puesto al hombre como colaborador suyo para lo que cuide (cf. *Gn* 1,26). Dios ha encomendado al hombre el cultivo de la naturaleza, para que se sirva de ella, sin dañarla ni manipularla egoístamente; la abeja nos da ejemplo de saber sacar el néctar de la flor, dejándola intacta, pulcra, y sin estropearla. Tenemos la misión, de parte de Dios, de cuidar este jardín que Él nos ha regalado; de desarrollar las potencialidades de la naturaleza, unidos a la potencialidad creativa de Dios.

6. También la ayuda humanitaria a los demás tiene una motivación profunda para el cristiano. La persona humana necesitada es imagen de Dios; se le

ama y se la ayuda como imagen de Dios y como hermano nuestro; como hijo del mismo Padre del cielo. Los cristianos, pues, tenemos una fuerza interna invencible y una motivación religiosa sublime: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (*Mt* 25,40). Los planes de desarrollo y de ayuda humanitaria no están motivados por un simple orgullo humano, sino por una razón superior, trascendente.

7. Los voluntarios de “Manos Unidas” vais a realizar diversos actos, durante estos días. Está bien que la sociedad conozca las acciones que hacemos, para despertar su inquietud y para que colabore, pero el Señor nos ha dicho: «Tú, en cambio, cuando hagas limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha» (*Mt* 6,3). Hacemos las cosas por fidelidad a Dios y al hombre y no nos importa que se sepa o no. Hay que agradecer a “Manos Unidas” los proyectos de ayuda y desarrollo, aunque la sociedad no lo sepa. Mucha gente puede pensar que “Manos Unidas” es una simple “ONG” y no es así.

8. Los que más recursos y posibilidades tienen para que colaborar en el desarrollo de los pueblos necesitados son los responsables de las naciones. Pero, por desgracia, constatamos que no siempre los gobiernos realizan las acciones que favorecen el desarrollo de los pueblos y la solución de sus necesidades. Vamos a rezar hoy por los responsables de las naciones, por los gobernantes, por los políticos, por los empresarios, por la gente que tiene en su mano mayores posibilidades y responsabilidades, tanto económicas como legales. Pedimos por ellos, para que el Señor les vaya cambiando el corazón, y respeten cada día más la imagen de Dios, que es el hombre; para que cambien las leyes, que manipulan o instrumentalizan al hombre.

9. Pedimos también por todos nosotros, para que no desfallezcamos en esta tarea pequeña, pero importante y muy significativa. ¡Que el Señor nos dé su fuerza para seguir trabajando en el campo de la ayuda humanitaria! ¡Que nos sostenga para seguir respetando la naturaleza y ayudando al hombre más necesitado! Pedimos, sobre todo, por ese hombre, por cada ser humano, que desgraciadamente sigue viviendo aún en condiciones infrahumanas, por causa del pecado humano. Cuando un hombre manipula a otro hombre, está instrumentalizándolo; cuando un hombre abusa de otro hombre, lo está utilizando. Hoy alzamos nuestra oración a Dios, para que los proyectos de desarrollo lleguen a buen cumplimiento y preparen el camino de la paz, porque el desarrollo es camino de la paz.

10. El Señor envió de dos en dos a sus discípulos y les dijo que no llevaran ni bolsa, ni alforja, ni túnica de repuesto, ni pan, ni dinero (cf. *Lc* 9,3; 10,1-5), porque los quería libres y ligeros de equipaje. Hemos intentado en estos últimos años que “Manos Unidas” siga también el consejo del Señor de ir “ligera de equipaje”, con pocas estructuras, con pocas alforjas, con poco montaje. “Manos Unidas” no es un empresa, ni una estructura para ganar dinero; sus voluntarios tan sólo necesitan sandalias en los pies y bastón en la mano para caminar y salir al encuentro del hermano necesitado. Gracias a Dios, con vuestra colaboración y vuestro esfuerzo, hemos mantenido nuestra identidad cristiana.

11. En esta celebración queremos tener presente dos aspectos fundamentales de nuestra tarea: En primer lugar, la importancia de la oración. El corazón, órgano vital del organismo humano, tiene que mantenerse en forma y distribuir la sangre a todos los miembros del cuerpo; así es la acción caritativa en la Iglesia. En segundo lugar, esta acción caritativa ha de hacerse con sencillez, acercándonos al hermano necesitado, sin grandes montajes, como el discípulo del Señor, con las sandalias en los pies y el bastón en la mano, en actitud de peregrino.

12. Quiero agradecer a los voluntarios de “Manos Unidas” el haber entendido y acogido, desde el principio, el cambio que era necesario realizar, para ponernos las sandalias en los pies y el bastón en la mano, para caminar junto al Señor. ¡Gracias por vuestro generoso gesto, como peregrinos de la paz y promotores del desarrollo! ¡Que el Señor continúe ayudándonos en este camino empezado y en esta acción humanitaria y divinizante al mismo tiempo! ¡Que así sea!

XXI ANIVERSARIO DE LA APROBACIÓN PONTIFICIA DE LA FRATERNIDAD "COMUNIÓN Y LIBERACIÓN"

(Capilla Palacio Episcopal, 11 Febrero 2003)

Lecturas: *Is* 66,10-14; *Jn* 2,1-11

1. Este año celebramos el XXI Aniversario de la aprobación pontificia de la Fraternidad "Comunión y Liberación". El tema de estudio que los grupos de la Escuela de Comunidad han estado tratando este curso versa sobre la cuestión que Jesús dirigió a sus apóstoles: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (*Mt* 16,15). Mons. Giussani se pregunta: "¿Cómo podemos responder a esa pregunta, nosotros que no estuvimos en Caná, que no hemos visto curar al paralítico, que no hemos asistido al entierro de la viuda de Naím, que no le hemos seguido durante tres días por el desierto olvidando incluso la comida? La familiaridad con ÉL, de la que nace la evidencia de que su palabra es lo único que da sentido a la vida, ¿cómo podemos vivirla?".

2. El mismo Mons. Giussani da la respuesta: "El modo de hacerlo es vivir la compañía que ha nacido de Cristo y ha afrontado la historia: la Iglesia". La lectura, que la liturgia de hoy nos presenta en la festividad de Ntra. Sra. de Lourdes, y que hemos escuchado del profeta Isaías, nos habla de Jerusalén: «Festejad a Jerusalén, gozad con ella todos los que la amáis, alegraos de su

alegría los que por ella llevasteis luto» (*Is 66,10*). Este canto a Jerusalén lo podemos aplicar a la Iglesia de Jesucristo. Ella, en el ejercicio de su maternidad, nos regenera en las aguas bautismales, nos alimenta con la Palabra de Dios y con el Cuerpo eucarístico del Señor: «Mamaréis, dice el profeta, a sus pechos y os saciaréis de sus consuelos, y apuraréis las delicias de sus ubres abundantes» (*Is 66,11*). Esta es la fraternidad que quiso Cristo para sus discípulos. La “Escuela de Comunidad” ha de ser un reflejo de la fraternidad, un reflejo de lo que es ontológicamente y de lo que debe ser la familia de los hijos de Dios. Seguir a Jesucristo en la Iglesia es la única forma de ser fieles a nuestro compromiso, de responder a la pregunta inicial, que está como tema de reflexión en los grupos.

3. Jerusalén significa, como sabéis, “Ciudad de la Paz”. El profeta Isaías nos decía: «Porque así dice el Señor: Yo haré derivar hacia ella, como río, la paz, y como un torrente en crecida, las riquezas de las naciones» (*Is 66,12*). La Iglesia única de Jesucristo es la que continúa la obra salvífica aquí en este mundo. Y hacia esa Iglesia está confluyendo la humanidad. Nosotros no lo percibimos, porque nuestra corta historia nos lo impide; pues por mucho que vivamos, cien años son pocos para la historia de la Iglesia o para la historia de la humanidad. Si os dais cuenta, la Iglesia naciente la formaron unas pocas personas, mientras que hoy, después de dos mil años, se cuentan por millones los cristianos; a eso hay que añadirle los miles de millones que han creído en Jesucristo, a lo largo de estos veinte siglos.

4. El profeta Isaías era un hombre que veía las cosas desde Dios y contemplaba la paz que aflucía hacia Jerusalén. También hoy existen signos de convivencia y de paz. El Señor quiere llevar hacia la Jerusalén actual, hacia la Iglesia, como un río, la paz y como un torrente en crecida a todos los pueblos, conviviendo en la Iglesia única de Jesucristo. No existe otra Iglesia; todas las iglesias cristianas confluyen hacia la unidad en la misma Iglesia. Probablemente tampoco veremos nosotros la unidad plena de todos los cristianos, aunque hay una confluencia en esa fraternidad de los hijos de Dios.

5. Celebrar este XXI Aniversario responde al deseo de familiaridad cotidiana con el Misterio de la presencia del Señor, dentro de su signo sacramental que es la Iglesia. Una vez vivido nuestro encuentro con el Señor, en su Iglesia, se nos invita a proclamar este misterio y a dar testimonio de él a los que aún no lo conocen, o no han experimentado su presencia. En la terminología usada por “Comunión y Liberación” hay un término fundamental y clave: el “encuentro”.

La Iglesia permite y facilita el encuentro de los creyentes con Cristo. Los grupos de cristianos, las Escuelas de Comunidad, las fraternidades concretas permiten el encuentro no sólo entre las personas, sino fundamentalmente el encuentro con Cristo. Es un encuentro entre nosotros y un encuentro con el Señor en el sacramento eucarístico. Ese encuentro es el que nos debe impulsar a dar testimonio de la experiencia que hemos tenido al encontrarnos con Jesús.

6. La Santa Sede, a través de Pontificio Consejo de la Cultura, acaba de publicar un documento sobre la “New Age”: *Jesucristo portador del agua viva. Una reflexión cristiana sobre la “New Age”*. Cito un texto que presenta a Cristo como portador de agua viva: “El único fundamento de la Iglesia es Jesucristo, su Señor. Él está en el centro de todo acto cristiano y de todo mensaje cristiano. Por eso la Iglesia retorna continuamente al encuentro con su Señor. Los Evangelios narran numerosos encuentros con Él: los pastores de Belén, los dos ladrones crucificados con Él, los ancianos sabios que lo escucharán hablar en el Templo, los discípulos que se encaminaban hacia Emaús con la tristeza en el corazón. Sin embargo, un episodio que ilustra elocuentemente lo que Él nos ofrece es su encuentro con la Samaritana junto al pozo de Jacob, narrado en el cuarto capítulo del Evangelio de Juan. Es un episodio que ha sido descrito como «paradigma de nuestro empeño con la verdad». La experiencia del encuentro con el extranjero, que nos ofrece el agua de la vida ilustra de qué modo los cristianos pueden y deben empeñarse en el diálogo con quien no conozca aún a Jesús” (Pontificio Consejo de la Cultura, *Jesucristo portador del agua viva. Una reflexión cristiana sobre la “New Age”*, N. 5). No podemos quedarnos tan tranquilos después de encontrarnos con Jesús y de encontrarnos entre nosotros, cuando hay mucha gente que no conoce a Jesús, ni se ha encontrado con Él.

7. La Samaritana da testimonio de su encuentro con Jesús ante sus paisanos. En un primer momento sus paisanos creen en el testimonio de ella, pero en un segundo momento sus paisanos le dicen: «Ya no creemos por tus palabras; que nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo» (*Jn 4,42*). Os animo a realizar un encuentro vivo con Jesús, para poder llevar a cabo el encuentro entre nosotros y ayudar a otros que se encuentren con Él. “Sería necesario invitar a escuchar a Jesús, que no nos ofrece sólo algo que satisface nuestra sed cotidiana, sino también la profunda y escondida sed espiritual del «agua viva» (*Jn 4,10*). Es importante reconocer la sinceridad de las personas que buscan la verdad” (Pontificio Consejo de la Cul-

tura, *Jesucristo portador del agua viva. Una reflexión cristiana sobre la “New Age”*, N. 5).

8. Una constante en la vida del hombre es la búsqueda de la verdad, apoyado en su razón; pero sobre todo iluminado por la fe. Jesús es un pozo de agua viva, un manantial de agua viva. La Samaritana se ha encontrado con Jesús junto al pozo de Jacob, en Sicar. Ojalá nosotros profundicemos en esa agua viva, para beberla y ser vivos testigos. “La invitación a encontrar a Jesucristo, el portador del agua de vida, tendrá un impacto mayor si proviene de parte de alguien que ha sido profundamente tocado y de modo evidente por su encuentro con Jesús, porque no es hecha solo por alguien que ha oído simplemente hablar de Él, sino de alguien que puede estar seguro que «este es verdaderamente el Salvador del mundo» (Jn 4,42). Es necesario permitir a las personas actuar a su manera, siguiendo su propio ritmo y permitiendo a Dio hacer el resto” (Pontificio Consejo de la Cultura, *Jesucristo portador del agua viva. Una reflexión cristiana sobre la “New Age”*, N. 5). Este es un reto, que os lo encomiendo fundamentalmente a los de la fraternidad de Comunión Liberación, porque vuestro carisma está en sintonía con todo esto.

9. Hoy celebra la Iglesia la memoria de la Virgen de Lourdes. María es siempre intercesora de sus hijos. El relato del evangelio, que hemos escuchado, nos invita a confiar en María. Ella ha sido capaz de arrancarle a Jesús el primer milagro. En la eucaristía el sacerdote realiza el gesto de mezclar unas gotas de agua con el vino, antes de la consagración. La gota de agua, que simboliza la humanidad, significa nuestra aportación al sacrificio de Jesucristo. Él, con su sangre derramada, transforma nuestra humanidad y la diviniza.

10. Jesús convirtió el agua en vino en las bodas de Caná. En la eucaristía Jesús puede transformar nuestra humanidad mediocre y pecadora en vino generoso y de solera. Le pedimos hoy a Nuestra Señora de Lourdes, la Virgen María, que de la misma manera que intercedió ante el Señor, para que convirtiera el agua en vino, interceda ahora para que en esta eucaristía transforme nuestra humanidad, nuestra agua, en vino generoso y nos convierta en valerosos testigos del amor de Dios y de la fe en Jesucristo. Celebremos este XXI Aniversario de la aprobación pontificia de la Fraternidad de “Comunión y Liberación” dando gracias a Dios y pidiéndole que transforme nuestra vida. ¡Que así sea!

VICARÍA GENERAL

ACTIVIDADES DIOCESANAS

- 24/01/03 Se celebró Capítulo Electivo en el Monasterio de MM. Agustinas de Alcalá, siendo postulada la madre Rosa María Barbas Simón. El 4 de febrero de 2003 se recibió la aceptación de esta postulación por la Santa Sede.
- 02/02/03 Solemne Eucaristía de la Presentación del Señor en la Catedral, Jornada de la Vida Consagrada, con la presidencia del Sr. Obispo y con la asistencia de religiosos/as de Vida Activa. En este acto se tuvo muy presente a las religiosas de la vida contemplativa, quienes se unieron desde el silencio del claustro.
- 07/02/03 Capítulo Electivo del Monasterio de MM. Dominicas de Santa Catalina, en Alcalá de Henares para la elección del Madre Priora. Habiendo realizado en conformidad con la ley general de la Iglesia y con el Estatuto propio de la Orden quedó reelegida por un nuevo mandato la Madre María del Mar Castro.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

- Rvdo. P. Andrés Arenillas San Esteban, Administrador parroquial de Ntra. Sra. del Rosario, en Torrejón de Ardoz. (03/02/2003).

DEFUNCIONES

- El día 1 de febrero falleció el Rvdo. P. Juan Thoury Serieyx, pertenecía a los PP. Monfortianos (S.M.M.). Nació en Ploumeur (Francia) el día 11 de octubre de 1932. Se ordenó Presbítero en Montfort sur Mer (Francia) el día 16 de febrero de 1958. Ejerció su Ministerio como Párroco en la Parroquia de Nuestra Señora del Rosario en Torrejón de Ardoz (22/09/1981-01/02/2003). Arcipreste del Arciprestazgo de Torrejón de Ardoz y miembro del Consejo Presbiteral Diocesano (26/11/1991-01/11/1993). Delegado de Cáritas Diocesana (21/01/1999-04/03/2000).

- Falleció en el Convento de las Siervas de María, después de una vida ejemplar; Sor Gracia Haro Abascal, profesora en votos perpetuos y con 49 años entregados al servicio de los ancianos y enfermos.

CARTA CIRCULAR A LOS PÁRROCOS Y ENCARGADOS DE LOS DESPACHOS PARROQUIALES SOBRE LAS TASAS DEL EXPEDIENTE MATRIMONIAL

El Consejo Presbiteral de la diócesis de Alcalá de Henares, en su reunión del día 20 de febrero de 2003, acordó adoptar unos criterios para la aplicación de las tasas administrativas sobre el expediente matrimonial, que los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Madrid aprobaron en su reunión del día 1 de diciembre de 2002.

Los criterios adoptados son los siguientes:

1. Para realizar el “expediente matrimonial” conviene, por razones pastorales, que cada contrayente acuda a su respectiva parroquia, porque en ella es más conocido. El expediente se ultima en una de las parroquias de los contrayentes.
2. Para el pago de las tasas del “expediente matrimonial”, tanto si se realiza el “expediente completo” dentro de la Diócesis, como si se hace “medio expediente” para otra Diócesis, habrá “ventanilla única”; es decir, las parroquias no cobrarán por hacer el expediente, ni por extender certificados de bautismo para el mismo, ni por la publicación de las amonestaciones.
3. El importe de las tasas sólo se cobrará en la Curia diocesana. (Por razón de dificultad de los contrayentes para venir a la Curia, pueden los párro-

- cos traer a la misma el expediente completo y las tasas correspondientes).
4. La legalización de todo documento se cobrará también en la Curia diocesana. Cuando no sea necesaria la legalización, las tasas de certificados serán cobradas por la parroquia que los expida.
 5. Los encargados de los Despachos Parroquiales advertirán a los novios sobre el importe que deberán abonar en la Curia diocesana.
 6. El importe de las tasas se regirá por la tabla aprobada por los Obispos de la Provincia Eclesiástica, el día 1 de diciembre de 2002. (El impreso con las tasas se distribuyó a todos los Párrocos con anterioridad).
 7. A la tasa de un “Expediente Matrimonial” (50 Euros) habrá que añadir el importe de las incidencias de dicho Expediente, si las hubiere (traslados, celebración en Capillas no parroquiales).
 8. No se abonará el suplemento del “traslado dentro de la Diócesis” cuando la parroquia de los contrayentes aún no ha construido su propio templo, o está en obras.
 9. La Curia diocesana proveerá gratuitamente a las todas las Parroquias de los impresos necesarios para cumplimentar un “Expediente matrimonial” (Expedientes, Comunicados al Registro Civil, Expedientes de Entables, Expedientes de Enmiendas, partidas, publicaciones, documentos “*ne temere*”).

Alcalá de Henares, a 20 de Febrero del año 2003.

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO FEBRERO 2003

Día 1. Visita un sacerdote en el Hospital “Príncipe de Asturias” (Alcalá).

Día 2. Preside la celebración eucarística, con motivo de la Jornada de la Vida Consagrada (Catedral).

Día 3. Por la mañana, preside la eucaristía en la parroquia de la Purísima Concepción (Ajalvir).

Por la tarde, celebra el funeral del Rvdo. P. Juan de Thoury en la parroquia de N^a S^a del Rosario (Torrejón).

Día 4. Audiencias.

Día 6. Por la mañana, participa en la reunión de la Comisión episcopal de Enseñanza y Catequesis (Madrid).

Por la tarde, preside la eucaristía con motivo de la campaña de “Manos Unidas” (Catedral).

Día 7. Por la mañana, reunión de la Provincia eclesiástica (Madrid).

Por la tarde, dicta una conferencia a los Delegados diocesanos de Enseñanza (Madrid) y preside la Eucaristía concelebrada por los mismos.

Día 10. Pronuncia una conferencia sobre la “Iniciación cristiana” a los sacerdotes de la diócesis de Getafe (Cerro de los Ángeles).

Día 11. Por la mañana, reunión de arciprestes.

Por la tarde, preside la eucaristía, con motivo del XXI Aniversario de la aprobación pontificia de “Comunión y Liberación” (Capilla Palacio episcopal).

Día 12. Visita una familia en el Tanatorio “Jardín” (Alcalá).

Día 13. Audiencias. Y bendice los talleres de “Arte Granda” (La Garena-Alcalá).

Día 14. Por la mañana, audiencias y visita la Residencia de Mayores de Campo Real.

Por la tarde, visita el templo y dependencias parroquiales de Campo Real. Y asiste a la reunión con los Profesores de Religión (Palacio episcopal).

Día 16. Administra el sacramento de la Confirmación en la parroquia de San Juan Bautista (Valdaracete).

Día 17. Preside la Jornada de reflexión teológico-pastoral para sacerdotes entre diez y veinte años de ministerio (Ekumene-Alcalá).

Día 18. Preside la Jornada de reflexión teológico-pastoral para sacerdotes entre veinte y treinta años de ministerio (Ekumene-Alcalá).

Día 19. Visita la sede de la Vicaria regional del “Opus Dei” (Madrid).

Día 20. Reunión del Consejo presbiteral y reunión del Consejo episcopal.

Día 21. Audiencias.

Día 22. Preside el Encuentro diocesano de catequistas (Palacio episcopal).

Día 23. Asiste a la toma de posesión del nuevo Obispo de Ávila, Mons. Jesús García Burillo.

Día 24. Despacha asuntos de la Curia.

Día 25. Audiencias.

Día 26. Participa en la reunión de la Subcomisión episcopal de Catequesis (Madrid).

Día 27. Por la mañana, visita a Arganda del Rey: 1) Encuentro con los sacerdotes; 2) Entrevista con una empresa constructora; 3) Firma, en el Ayuntamiento, de la permuta de solares.

Día 28. Audiencias.

INFORMACIÓN

CRÓNICA DE LAS JORNADAS SACERDOTALES DIOCESANAS DE ENERO Y FEBRERO

Durante los días 20-21 de enero y 17-18 de febrero del presente año, en la Casa de Espiritualidad de “Ekumene” de Alcalá de Henares, se reunieron por grupos de trabajo y según años de ordenación los sacerdotes del Presbiterio Diocesano, con el fin de ultimar el tema del Bautismo de infantes.

Convocados a las 9’30 de la mañana, comenzó el encuentro con la oración de la “HORA TERTIA” y un espacio de oración personal.

A las 10’15 el Sr. Obispo hizo una presentación del tema a desarrollar, introduciéndolo con un comentario del texto de la Carta a los Hebreos 5, 1-10, leído en la “Hora Tertia”.

En primer lugar el Sr. Obispo suscitó en los presentes la acción de gracias a Dios por habernos hecho partícipes del sacerdocio de Jesucristo, compartiendo el “sacerdocio ministerial”. A la vez que agradeció a los sacerdotes su entrega y disponibilidad al servicio de Dios y de la Iglesia.

Al hilo del texto de Hebreos, se centró en la comprensión de la debilidad ajena, por parte del sacerdote, que también está envuelto en debilidad: “porque todo Sumo Sacerdote es tomado de entre los hombres y está puesto en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados; y puede sentir compasión hacia los ignorantes y

extraviados, por estar también él envuelto en flaqueza” (Heb.5,1-2). Podemos ser más comprensivos con los fieles y tener la paciencia que Dios tiene con nosotros.

De igual modo, el Sr. Obispo, presentando a Jesucristo, quien “aun siendo Hijo aprendió, sufriendo, a obedecer” (Hb. 5,8), como ejemplo y modelo para los sacerdotes, les urgió a aceptar la voluntad de Dios en sus vidas.

Comentando el texto evangélico: “Vino nuevo en odres nuevos” (Mt. 9,17), el Sr. Obispo quiso centrar la jornada de reflexión teológico-pastoral de este día, y así, señaló algunos aspectos a tener en cuenta: **1)** nuestra sociedad está cambiando y el anuncio del Evangelio necesita nuevos métodos, nuevo estilo, nuevo ardor (Cf. Juan Pablo II). No podemos seguir utilizando los mismos métodos que hace varias décadas; **2)** revisar nuestra pastoral no quiere decir que todo lo que hemos hecho hasta ahora no sirve para nada. Cada momento histórico tiene sus aciertos y sus problemas; **3)** desde esta base hemos de reflexionar hoy para ultimar el trabajo que hemos venido realizando: la “Pastoral del Bautismo de infantes”. Este es el objetivo.

Una vez concluida la presentación, por parte del Sr. Obispo, se distribuyó un material para la lectura personal de textos teológicos-pastorales sobre la “Pastoral del Bautismo de infantes”, a lo que siguió un enriquecedor diálogo por parte de los presentes.

A continuación se realizó un trabajo en grupos (de unos seis sacerdotes), en el que cada grupo debía confeccionar un programa pastoral, describiendo las acciones concretas para llevar a cabo “la Pastoral ideal del Bautismo de infantes”. Teniendo en cuenta los tres momentos de toda pastoral sacramental: *preparación previa a la celebración, celebración, post-celebración*. En la puesta en común se apuntaron de modo claro los aspectos fundamentales de la Pastoral del Bautismo.

Posteriormente se repartió una encuesta de quince preguntas sobre la “Pastoral del Bautismo de infantes” con el fin de constatar la práctica habitual y poder determinar criterios comunes.

Al término de la sesión se procedió a dar una serie de informaciones:

- 1) Se repartió la Nota de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe de la Conferencia Episcopal Española, a propósito del libro de Juan José Tamayo Acosta “Dios y Jesús”; 2) se presentaron los siguientes cursos para sacerdotes: curso de actualización sacerdotal en el Pontificio Colegio Español de Roma (24 de abril-22 de mayo de 2003); curso para sacerdotes en Turquía (14-28 de julio 2003). La Diócesis oferta dos medias becas para ambos cursos; 3) Breve información sobre la existencia de un nuevo partido político, llamado “Familia y Vida”.

Concluyó la Jornada, en un ambiente de convivencia fraternal, con la comida.



SR. OBISPO

**HOMILÍA EN LA MISA CON MOTIVO DE LA
ASAMBLEA GENERAL DE HERMANDADES Y
COFRADÍAS DE LA DIÓCESIS**

(Ermita de Ntra. Sra. de los Santos, Móstoles, 23 Febrero 2003)

Piedad, caridad y formación

Muy queridos hermanos en el sacerdocio de Cristo. Muy queridos miembros de las Hermandades y Cofradías en esta cita anual de vuestra Asamblea General.

Tenemos esta oportunidad de acercarnos a Él, de acercarnos a los hermanos formando comunidad, para tratar de vivir más conscientemente las exigencias de la fe cristiana.

Es para mí, este momento, y creo que también para vosotros, sobre todo, un momento marcado por la esperanza ante la urgencia de una nueva evangelización que el mundo necesita.

Es urgente el momento de la evangelización y tenemos un papel importante que hacer. No para sentirnos importantes, sino para sentirnos, verdaderamente, presencia de este Dios, que está ausente de nuestra vida en tantos momentos.

Las hermandades y Cofradías, todas, con tanto sabor de antigua tradición, tan diversas, en las diferentes formas de dar culto a Dios y de entender el

mensaje cristiano, han tenido siempre una importancia y una constante llamada de Dios a la renovación, a la conversión, que es tarea de siempre en la Iglesia. Hoy, después del Vaticano II, se habla de lo que se han llamado los “signos de los tiempos”, y hay que entenderlo bien. No es que nosotros nos tengamos que acomodar a los signos de los tiempos, sino que, descubriendo los signos que llevan los tiempos, ver los caminos de la evangelización, hacer de “los tiempos”, de todos los tiempos, “signos” de la presencia de Dios. La presencia de Dios que tiene que nacer en los corazones; si no está en nuestros corazones ¿cómo queremos que esté en el mundo? Si Dios no es ese “todo íntimo” (cf. S. Agustín, *Confesiones* 3, 6), más verdadero que nadie y que nada; lo que más motiva y condiciona todo el amor, el trabajo, el consuelo, la esperanza, la luz para mi corazón, difícilmente se traduce en la vida.

El último documento, el “Directorio para la piedad popular y la liturgia”, que es una llamada más –de las muchas que ha habido siempre, permanentes–, puesto que ya llevamos tres llamadas de atención serias, con documentos –en los años que llevamos en la Diócesis– para la vida de las Hermandades y Cofradías, nos recuerda que, en su origen, tenían un sentido de formación, caridad y: ¡sentios responsables!, sentios responsables de esta llamada que es el gozo y el bien para vuestra vida.

Digo que es siempre un momento siempre lleno de esperanza porque aquí estáis un número, yo diría, abundante de apóstoles; pero es que detrás de vosotros hay muchos más. Y detrás de todas estas Hermandades hay otras. ¡Todos!, las Hermandades y sus miembros necesitan siempre del estímulo de los que van por delante, de los que se identifican con la verdad del Evangelio, con los que son más conscientes de la necesidad de la evangelización, para dar un talante nuevo a nuestras asociaciones, a esto que urge de nuevo vivir y plasmar en la vida, esto que se llama piedad popular.

Esto se ha pensado, y se repite porque las Cofradías y Hermandades nacieron de la fe cristiana, de la fe profunda, de los que tenían, y tienen, inquietud por transmitir la verdad, y nacieron todas con ese fin; así se crea una identidad, aunque el culto sea tan variado: a los grandes misterios de Dios, de la Pasión de Cristo, a los grandes misterios de la Virgen en tantas advocaciones, con tantos títulos diferentes: ¡tantas Hermandades en torno a la Señora, a nuestra Madre, la Virgen Santísima, a los santos... ¡cuántos santos!

Todo esto significa que tenemos que vivir el ritmo de la liturgia; todos lo sabemos: es una de las dimensiones, de los pilares, de los grandes dones que Dios ha concedido a la Iglesia y para el mundo. La liturgia ha sufrido una adaptación muy grande a los signos de los tiempos, todos lo sabemos perfectamente: en los modos y en las formas de celebración, con una característica muy clara, muy definida, una unidad muy grande entre la palabra de Dios y la celebración de los misterios que hacen presente al Señor, con las acciones de Cristo mismo que son los Sacramentos.

Hay una mayoría aplastante de comunidades parroquiales, sobre todo las que tienen un origen más antiguo, que poseen Asociaciones; en otras, en las que se va sintiendo la necesidad de crear, y de vivir la fe más intensamente, van naciendo, algunas –gracias a Dios–. Todas las Hermandades, y esto me lo habéis oído muchas veces porque es algo que estoy repitiendo constantemente, son una riqueza que está ahí, pero que en algunos casos está adormecida, como un poco apagada, en unos tiempos en que es más urgente su vitalidad, y vivir la liturgia, con el culto cristiano, la piedad popular bien depurada de formas que, a veces, no serían coincidentes con el mensaje evangélico, pero que en su origen lo tienen clarísimamente.

Pero hay un acento fundamental. La piedad popular nace de una inquietud del corazón humano. En los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares no hay –yo creo que todavía estará por ver el primer estudioso de las antropologías distintas, de las historias distintas de los pueblos, que hayan podido hacer ese estudio con un mínimo de rigor– quien no se haya encontrado con el hecho religioso, la manera de entender los hombres, la inquietud del más allá, de la trascendencia, del deseo de Dios en formas tan distintas, con fórmulas tan diversas, sobre todo cuando la religión está fundada no sobre la revelación de Dios, sino sobre la inquietud misma del hombre: ¡Es que el hombre es religioso! Han dicho algunos, con una cierta precisión –y que no es un insulto para nadie, sobre todo para los que sois de verdad religiosos– que el hombre es “un animal religioso”, por esencia. ¿No lo veis hoy en las diversas formas? Cuántas formas distintas de querer expresar malamente el sentimiento religioso; cómo han crecido las diferentes formas de expresar la inquietud religiosa desde la paganización de echar cartas, de los cultos de una u otra forma, de la lectura de las manos; y cuántas sectas y qué poderosas se hacen, porque corresponden a una inquietud del corazón humano, ¿y qué hacemos nosotros que tenemos la luz de la verdad, que tenemos al mismo Hijo de Dios hecho Hombre por amor al hombre?; esa

verdad tan inquebrantable de nuestra fe cristiana. ¿Qué hacemos nosotros que esperamos ciertamente la resurrección de la carne y la vida eterna?

¿Cómo nos formamos para eso? Es el otro punto. Es un momento en la vida de nuestro mundo de aparente ateísmo, concebido en muchos casos como rechazo a lo que sería el deseo de mi corazón. No somos capaces de descubrir en todo lo que llamamos paganización, cultura consumista, placeres, instintos, convertidos en las metas más claras del corazón humano, que la paganización es un pecado, todo eso es pecado.

¿Cómo combatiremos ese pecado? Formándonos mejor, entendiendo mejor. Cuando nosotros entendemos bien, cuando hemos conocido la verdad, con facilidad, la seguimos y, con espontaneidad, la expresamos: necesitamos formarnos. Otro de los fines que supone siempre la trasmisión de la fe. Lo ha vivido siempre la Iglesia a través de los siglos, a través de los catecismos de la fe cristiana, los catecismos de la Iglesia. Por eso, en estos momentos en que el Papa lo está recordando, ha salido una nueva edición para que sea más asequible a todo el mundo. No lo he traído hoy, pero se os entregará a las Asociaciones que habéis estado reunidas hoy, al representante: con mucho gusto, con mucha ilusión os lo entrego. Lo ha dicho el Papa: ojalá en cada casa de los cristianos estuviera el Catecismo de la Iglesia Católica. Allí encontraréis las respuestas que necesitáis; ahí hay temas abundantes para llenar, no una reunión cada quince días sino diría, diaria o semanal. Están los problemas de lo que creemos y cómo lo creemos. Está, sobre todo, “lo que debemos obrar”, cómo debemos obrar. Están los problemas y las soluciones para los problemas, tan cotidianos desgraciadamente para nosotros, en torno a la moral. Ahora mismo, el problema de la guerra, de la amenaza de la guerra. Es necesario penetrar en el Catecismo: ahí está explicado, están las respuestas cristianas, que iluminan y llenan de fe el corazón, para todos los hombres.

Y por fin, las obras de caridad que también tenéis todas las Asociaciones. Ese pilar que animaba y anima siempre el corazón del hombre a dar y a vivir la expresión de la fe, la esperanza y la caridad; de gozar y celebrar la fe -la celebración es siempre festiva-, de transmitir la fe a través del conocimiento, de las distintas formas de catequesis, cuando el mundo se ha hecho tan ignorante de la fe cristiana y de los contenidos de la fe; cuando nos parece que han cambiado –y lo decimos alegremente– muchas cosas, al decir que ha cambiado lo que nunca podrá cambiar, lo que es permanente, como el mismo Amor de Dios es permanente y las obras de expresión de la fe y del conocimiento de la fe, que son la obras ineludibles, tan urgentes también hoy, de la caridad.

Y siempre, para siempre, la necesidad de orar. La guerra, la violencia es un pecado grande, grandísimo, porque va contra el plan original de Dios. Los hombres: ¡todos hermanos!, ¡todos un pueblo!: ¡Hijos de Dios!, hijos de Dios, todo hombre con la vocación de sentirse hijo de Dios, de un solo Dios, de un solo Redentor y Salvador único: Jesucristo, Salvador del mundo, con la iluminación del Espíritu santo. Un solo Dios, hermanos de todos los hombres. ¿Puede explicarse qué clase de fraternidad y de hermandad es ésta?, ¿ésta que vivimos?, cargada de odios, de reivindicaciones, y sería muy fácil, muy fácil –la hacemos sin querer, casi sin darnos cuenta– un poco de demagogia –a veces mucha– cuando tratamos de censurarnos unos a otros y no evitamos ni mínimamente la violencia que hay en nuestros corazones, cuando todavía no sentimos lo que hoy nos recordaba, tan vivamente, el Evangelio (Mc 2, 1-12): que necesitamos el perdón para ser nosotros capaces de perdonar, y ni pedimos perdón a Dios porque hemos perdido hasta la conciencia de lo que Dios nos tiene que perdonar, ni somos capaces, por lo tanto, de perdonar a los demás: “tus pecados te son perdonados”. Ante este cúmulo de preciosos detalles, donde la gente se agolpa ¡qué bien entendemos eso!, y tienen que poner al paralítico delante del Señor, haciendo incluso una apertura en el tejado para que esté delante del Señor. Cuando lo consiguen, para que el Señor lo cure, porque saben que el Señor tiene poder de curar siempre al hombre –también a nosotros, siempre está dispuesto a curarnos–, lo ponen delante y el Señor, diríamos en nuestra corta inteligencia ¡pues vaya un plan!, lo traen para que lo cure y le dice “tus pecados te son perdonados”. Más grande es el pecado, este pecado constante de los hombres; lo hacemos todos en mayor o menor medida. ¡Qué difícil resulta no hablar de guerras, de batallas, como diríamos, en lenguaje vulgar, de “batallitas”, entre nosotros que nos dividen y nos separan: el pecado. “Tus pecados te son perdonados”. Y como siempre ocurre, en nosotros mismos surge un pensamiento, un comentario: “¿Quién es éste para perdonar pecados?”, ¿cómo dice eso si lo que queremos es que cure al paralítico, y ahora dice “tus pecados quedan perdonados”?, sólo Dios puede perdonar los pecados. Detrás hay una afirmación de la divinidad de Jesucristo: “para que veáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados,... coge tu camilla y vete a tu casa”. Es una promesa del Señor.

Por eso, en este día y en esta circunstancia –perdonad que me he alargado mucho, más de lo que suelo y de lo que quisiera–, sí quiero hacer os una exhortación.

Primero a renovar mucho nuestro deseo de hacer un mundo mejor, a base de los dones que el Señor nos ha concedido; a renovar nuestras Hermandades, nuestras Cofradías; no digo concretamente ésta o aquella pero, en general, podemos decir que están adormecidas, que hay que despertar: ese despertar íntimo y profundo que llena el corazón de gozo y de esperanza, que lo necesita. Detrás de vosotros, cuántos alejados, hermanos que han dado sus nombres, que tenéis sus nombres, que están alejados. Se acuerdan en todo caso -;tantas veces así me lo dicen y lo expresan- porque llega la fiesta o porque tenemos que preparar.

Segunda razón: el deseo de que os forméis, de que toméis en serio la formación, nunca pensando en que va a ser para todos, pero nos contentaríamos con que fuera para un grupo importante para cada una de las Asociaciones, que harían que, en el conjunto, hubiera un verdadero avance.

Por último la oración. Os voy a decir llanamente también –no sé si con mucha ingenuidad, pero como lo siento lo digo- que pienso que no va a haber guerra, porque se lo estamos pidiendo a Dios, porque hay mucha gente que ora; si la hay será porque no hemos orado lo suficiente para que el Señor ablande los corazones de los hombres, cambie el corazón; que tengan la luz del Espíritu Santo, que nos la dé a nosotros más fuerte para que encontremos lo que el corazón de Cristo continuamente nos invita a sentir y a pedir, ser autores de paz. No hay celebración sin paz y no hay encuentro de Dios sin paz, paz en nuestros corazones y paz en el mundo.

Todo ello se lo pedimos al Príncipe de la paz. Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DEFUNCIONES

Religiosos Hermanos de Las Escuelas Cristiana (La Salle) en Griñón:

– D. Miguel Ferrer Delgado falleció el 17 de noviembre de 2001 en la Casa La Salle de Griñón. Era natural de Santa Cruz de Mudela, Ciudad Real.

– D. Ramón Padilla González, falleció el 2 de diciembre de 2002, en la Casa La Salle de Griñón. Era natural de Escóbados de Abajo, Burgos.

– D. Braulio Fernández Rodríguez, falleció el 1 de febrero de 2003, en la Casa La Salle de Griñón. Era natural de San Sebastián de la Gomera, La Gomera.



1. La visita del Papa, aliento de esperanza

Los obispos españoles hemos querido acoger el feliz y sugerente lema que el Santo Padre ha lanzado a la Iglesia en el alba del nuevo Milenio: *Mar adentro*. Es una invitación a la esperanza y a la fortaleza apostólica. En nuestro Plan Pastoral para el próximo cuatrienio -*Una Iglesia esperanzada*. «¡*Mar adentro!*» (Lc 5,4)-, con la confianza puesta en el Señor siempre presente en la barca de Pedro, queremos «afrontar con ánimo sereno y con audacia evangelizadora las dificultades que la Iglesia experimenta en su propio seno en estos tiempos. No podemos ni queremos cerrar los ojos a la realidad; y no cejaremos en nuestro empeño por comunicar el Evangelio de Cristo y vivir y fortalecer la comunión eclesial en el amor del Redentor»[2]. La visita del Santo Padre acrecentará sin duda nuestra vocación y dinamismo apostólicos. Su sola presencia es un estímulo más para gastar y desgastar nuestras vidas al servicio del Evangelio de Cristo y de los hombres con la misma entrega que hace de su persona, objeto de nuestra más profunda veneración.

Muchos son los motivos para la esperanza capaces de reafirmar la certeza de que también hoy, si arrojamos las redes como Pedro en el nombre del Señor, será abundante la pesca. La sed, a veces inconfesada, de Dios; la búsqueda de sentido de una vida plena y feliz; el deseo de responder con acierto al reto de los graves problemas que tiene la humanidad y que afectan a los derechos inalienables de las personas, en especial de los más pobres y olvidados, nos anima a ofrecer el don de Cristo, como la respuesta vital al hombre y a los anhelos más profundos de su corazón. Como hizo Pedro con el paralítico de la puerta hermosa del Templo, la Iglesia actual puede decir con toda confianza: «No tengo oro ni plata; pero lo que tengo te doy: en nombre de Jesucristo, el Nazareno, ponte a andar»[3]. Ofrecer la persona de Cristo a los demás es la prioridad de la Iglesia desde sus orígenes a nuestros días; es el secreto de su fecundidad apostólica y el mejor tesoro que podemos entregar a las nuevas generaciones. Y hemos de entregarlo, como nos recuerda el Papa, con la palabra y con la vida: «La palabra y la vida de cada cristiano pueden y deben hacer resonar este anuncio: ¡Dios te ama, Cristo ha venido por ti; para ti Cristo es el «el camino, la verdad y la vida»! (Jn 14,6)»[4].

[2] A-M. Rouco Varela, *Discurso inaugural de la LXXIX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española*, Madrid 18-22 de Noviembre de 2002, III.

[3] Hch 3,6.

[4] Juan Pablo II, *Christifideles Laici* 34.

2. Con los santos, llamados a ser testigos

Vivir así nos convierte en testigos de Cristo, el Señor resucitado. Deseamos, por ello, que la visita del Papa nos fortalezca en nuestra vocación de *testigos del Señor*. Esa fue la misión que Cristo nos dejó en su partida: «¡Seréis mis testigos»[5]. Esta hermosa tarea ha sido realizada de forma eminente por los santos. En ellos ha brillado con fuerza seductora el testimonio de Cristo. Ellos, con su persona y sus obras, han esparcido por toda la tierra el buen olor de Cristo. De ahí nuestra convicción en el Plan Pastoral: «La floración de santos ha sido siempre la mejor respuesta de la Iglesia a los tiempos difíciles»[6], pues sólo una Iglesia de santos aparece nítidamente como fuente de esperanza para el mundo. Comprenderéis por tanto nuestro gozo y el de toda comunidad cristiana en España al anunciaros que el Papa canonizará a cinco miembros de nuestra Iglesia que vivieron la caridad de forma heroica en el siglo XX y serán propuestos, por tanto, como testigos del Señor y modelos para nuestro tiempo y para las generaciones venideras. Estos son los nombres de quienes se incorporarán a la gloriosa multitud de testigos de la Iglesia en España que alientan nuestra fe (cfr. Hebr. 12, 1): Pedro Poveda, nacido en Linares (Jaén), sacerdote mártir, educador, fundador de la Institución Teresiana y «amigo fuerte de Dios»; José María Rubio, nacido en Dalías (Almería), sacerdote jesuita, apóstol de los barrios de Madrid; Genoveva Torres, originaria de Almenara (Castellón), virgen, fundadora de las Religiosas Angélicas, conocida popularmente como «ángel de la soledad»; Ángela de la Cruz, sevillana, virgen, fundadora de las Hermanas de la Cruz, conocida como «la madre de los pobres», y la madrileña María Maravillas de Jesús, virgen, carmelita descalza y fundadora de numerosos carmelos. ¡Gloria a Dios en sus santos!, podemos decir llenos de gratitud, gozo y esperanza. Son ellos, en verdad, quienes certifican que la fidelidad de Dios con su pueblo es eterna, y que la Iglesia nunca deja de ser la esposa fecunda de Cristo que ofrece a los hombres de todos los tiempos frutos maduros de santidad.

La canonización de estos miembros de la Iglesia, contemporáneos nuestros, nos recuerda que la santidad es también posible y realidad viva en nuestro tiempo y que todos los bautizados están llamados a ser santos sea cual sea su estado y condición. Los nuevos santos han enriquecido a la Iglesia con diferentes carismas pero sus diferencias no han eclipsado el don común que les une: el

[5] Hch 1,8.

[6] Conferencia Episcopal Española, *Plan pastoral de la Conferencia Episcopal Española 2002-2005. Una Iglesia esperanzada. «Mar adentro» (Lc 5,4)*, Madrid 2002.

amor a Cristo y a los hombres. Podemos recordar, contemplando sus vidas, lo que decía un gran poeta cristiano: «Los que son semejantes a Cristo son semejantes entre sí con una diversidad magnífica»[7]. La práctica de las virtudes, desde la obediencia gozosa de la fe, en la vida contemplativa y en el martirio, hasta la caridad en la predicación del Evangelio y en el servicio a los más pobres, nos invita a ser testigos del Dios vivo con una fe activa y a amar a los hombres viendo en ellos al mismo Cristo, el Señor. Así la Iglesia brillará con el testimonio de la santidad. En los nuevos santos encuentran modelos eximios los sacerdotes y consagrados. Dicho testimonio no es otro que el de la caridad derramada con el Espíritu Santo en nuestros corazones (Rom. 5, 5).

Una Iglesia de santos asegura su misión y su fecundidad apostólica. «La santidad, ha dicho Juan Pablo II, es un presupuesto fundamental y una condición insustituible para realizar la misión salvífica de la Iglesia. La santidad de la Iglesia es el secreto manantial y la medida infalible de su laboriosidad apostólica y de su ímpetu misionero»[8]. Os exhortamos, pues, a renovar vuestra fe y experiencia de Cristo; a seguirle con fidelidad mediante la práctica de sus mandamientos y de sus bienaventuranzas; a acercaros al hombre de hoy, en especial a los alejados y los pobres, con el testimonio limpio y sencillo de la fe mostrando la vida nueva que hemos recibido del Señor. En definitiva, os exhortamos a ser testigos.

3. Santidad y unidad de vida

Los santos, verdaderos testigos de Dios, siempre aciertan a la hora de encontrar los caminos para acercarse a los hombres y comunicarles la vida divina. Así lo vemos en los que pronto serán canonizados. También nosotros acertaremos en la nueva evangelización si unimos sin vacilaciones, como quiere el Concilio Vaticano II, la *profesión de la fe* y la *vida de fe*[9], es decir, si lo que confesamos con nuestros labios lo hacemos verdad con las obras de nuestras manos. Esta *unidad de vida*, que es el test certero de la autenticidad cristiana, nos llevará sin duda a una creatividad pastoral que abra caminos al Evangelio especialmente en los ambientes y lugares donde la oscuridad se cierra a la luz de Cristo. La valentía y fortaleza apostólica con que los nuevos santos se entrega-

[7] Texto de Paul Claudel, citado por H. de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*, trad. de L. Zorita Jáuregui, Bilbao 1966, 225.

[8] Juan Pablo II, *Christifideles Laici*, 17.

[9] Cf. LG 35.

ron sin reservas a Dios y a los hombres, y el fruto abundante de su entrega, es el mejor estímulo para saber que Dios siempre está al lado de quienes se fían de Él, y hace fecundos todos sus trabajos.

4. Los jóvenes y la transmisión de la fe

Queremos invitar de modo especial a los jóvenes, hacia quienes el Papa ha mostrado siempre su particular predilección y cariño instituyendo incluso las Jornadas Mundiales de la Juventud, cuya última celebración en Toronto permanece aún viva en el recuerdo de quienes participamos. El Papa confía en vosotros. Cuenta con vosotros para el anuncio del Evangelio a las nuevas generaciones; os considera los «centinelas del mañana», es decir, los que vigilan a la salida del sol para ponerse en camino y comunicar la única verdad que salva: Jesucristo, el Señor. Por eso, ha querido dedicaros un acto especial en la tarde de su llegada, para alentaros en vuestra vocación de apóstoles y testigos del Señor. El Papa confía en que los «muchos espejismos» y las «parodias de felicidad» que el mundo de hoy os ofrece no serán capaces de ahogar «la esperanza que brota eterna en el corazón de los jóvenes»[10]. Recordad siempre sus palabras: «la mayor fuente de infelicidad es el *espejismo de encontrar la vida prescindiendo de Dios*, de alcanzar la libertad excluyendo las verdades morales y la responsabilidad personal»[11].

Os animamos, por tanto, a vivir vuestra fe con la fuerza de la juventud y el gozo de ser amigos fieles de Cristo que no se arredran ante las dificultades sino que se crecen frente a ellas con la esperanza puesta en quien es «el camino, la verdad y la vida»[12]. Los santos que el Papa canonizará fueron jóvenes como vosotros, llenos de energía, ilusión y ganas de vivir. El encuentro con Cristo transformó sus vidas y la esperanza de la vida eterna sedujo su corazón e hizo de ellos testigos de la Vida con mayúsculas. Por eso, fueron capaces de arrastrar a otros jóvenes, amigos suyos, y de crear obras de oración, evangelización y caridad que aún perduran. Mirad a los santos, queridos jóvenes, que son auténticos modelos de humanidad. No malgastéis vuestra vida que es el mayor tesoro recibido de Dios para servir a los hombres y alcanzar la plenitud de la felicidad. Dejaos seducir por Cristo y encontraréis, ya aquí, la vida eterna.

[10] Juan Pablo II, Toronto, 28-Julio-2002.

[11] Idem.

[12] Jn 14,6.

Los obispos españoles confiamos en vosotros, en vuestras capacidades y entrega y sabemos que también hoy podéis responder a la llamada de Cristo que pasa a vuestro lado. El Papa, llamado por santa Catalina de Siena, «dulce Cristo en la tierra», pasa a vuestro lado, viene a encontrarse con vosotros y a confesar la fe en Jesús como «Cristo, el Hijo del Dios vivo». Acudid a la cita, traed a vuestros amigos, los que creen y los que buscan, decidles que vosotros habéis encontrado al Señor y queréis mostrárselo. ¡Sólo Dios sabe qué puede hacer una invitación sincera, amigable, cuando se trata de poner a otros en el camino de la Vida!

5. Con el aliento de María

La próxima visita del Papa será sin duda una gracia de Dios para fortalecer el testimonio cristiano de nuestras comunidades cristianas y de cada bautizado. El fruto de la visita, sin embargo, dependerá también de nuestra preparación que desde ahora queremos estimular mediante la oración, las catequesis preparadas para esta ocasión, y en general mediante el ejercicio fiel de la vida cristiana. Como Obispos del Pueblo de Dios convocamos a todos los cristianos para que acojan al Papa, Pastor universal, principio y fundamento visible de la comunión y de la unidad de la Iglesia, que ha recibido de Cristo el supremo servicio del gobierno en su Iglesia, servicio que cumple con admirable abnegación. Alabemos a Dios por el don que ha supuesto para la Iglesia sus 25 años de ministerio, salgamos a recibirlo con un corazón agradecido hacia su persona, y dispongamos nuestro corazón para acoger su palabra autorizada llena de sabias indicaciones para la vida cristiana. Nuestra invitación, llena de respeto y afecto, se dirige también a quienes aun no siendo creyentes, valoran y aprecian la autoridad moral y el servicio impagable que el Santo Padre presta al mundo defendiendo los derechos humanos, la dignidad de la persona y la causa de la paz.

Con este mensaje, anuncio gozoso de la venida del Santo Padre, hemos expresado nuestra esperanza en el fruto pastoral del Viaje del Papa. Sólo nos queda encomendarlo a la oración de la Iglesia y a la intercesión de Santa María, Madre de la Iglesia y Reina de todos los santos. A ella, *testigo incomparable de Cristo*, nos dirigimos en este Año del Rosario y le pedimos que vele por la barca de Pedro, la Iglesia que peregrina entre luces y sombras por los senderos de la historia, con la mirada puesta en su Señor resucitado, fuente de vida y de esperanza para todos los hombres. Que proteja al

Santo Padre y haga muy fecunda su visita a España. Y que, como Madre, aliente la vida de nuestras iglesias, de nuestras familias y de cada cristiano para que seamos testigos valientes del Señor que ha hecho de nosotros «luz del mundo y sal de la tierra». Ella, como en Caná de Galilea, nos dice también a nosotros: «Haced lo que Él os diga» (Jn 2, 5).

Madrid, 19 de febrero de 2003.

LA PAZ, DON DE DIOS E IMPERATIVO MORAL

CXCI Reunión de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española

Nota Pastoral

Madrid, 18-19 de Febrero de 2003

1. La amenaza de guerra en Irak es causa de honda preocupación en todo el mundo y también en España. Muchos obispos se han pronunciado ya a este respecto en sus diócesis. Nosotros, en nombre de la Conferencia Episcopal Española, y en unión con el Santo Padre Juan Pablo II, deseamos decir también una palabra que ayude a iluminar la conciencia de los católicos españoles y que les sostenga en su oración ferviente y en su compromiso en favor de la paz.

2. Los peligros en que están hoy la paz y el bien común de la Humanidad son graves, como se pone de manifiesto en la dramática situación de Oriente Medio y de Tierra Santa, en los conflictos, entre otros, de África y de Hispanoamérica, y en el terrible azote del terrorismo. Estos grandes males deben ser evitados y combatidos por todos los medios lícitos, eliminando situaciones que los alimentan y les ofrecen cobertura.

3. «La cuestión de la paz no puede separarse de la cuestión de la dignidad y de los derechos humanos»[1]. No toda forma de paz es expresión de justicia y de orden. Siendo indiscutible la necesidad de mantener un orden internacional justo, que salvaguarde el «bien común universal»[2] y vele por el cumplimiento de los acuerdos firmados por los Estados, se ha de afirmar, como ha hecho el Papa Juan Pablo II, que «la guerra nunca es un medio como cualquier otro, al que se puede recurrir para solucionar las disputas entre las naciones»[3]. El servicio a la paz y al orden entre los pueblos exige que no se acuda a la destrucción y a la muerte que la guerra comporta, a no ser en situaciones en las que, de un modo probado, no exista ya ningún otro medio disponible y sea fundada la esperanza de no producir males mayores de los que se desea evitar[4].

4. En el momento actual, hay que agotar todos los medios pacíficos para evitar la guerra y, en todo caso, respetar la legalidad internacional en el marco de las resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Nos unimos de todo corazón a las gestiones del Santo Padre en favor de la paz y deseamos que encuentren eco positivo entre los gobernantes de modo que, no desfallezcan en los nobles esfuerzos por mantener el bien común universal y sepan eliminar toda razón que pudiese justificar el uso de esa «solución extrema» que es la intervención armada. En palabras de Juan Pablo II: «El derecho internacional, el diálogo leal, la solidaridad entre los Estados, el ejercicio tan noble de la diplomacia, son los medios dignos del hombre y de las naciones para solucionar sus contiendas»[5].

5. El recurso a la guerra es una de las decisiones políticas que, sin duda alguna, tiene que ver con principios morales ineludibles[6]. No podemos olvidar a este respecto lo que recientemente ha dicho Su Santidad el Papa Juan Pablo II: «Como recuerda la Carta de la Organización de las Naciones Unidas y

[1] Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2003* (8.12.2002), 6; cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et Spes* (7.12.1965), 78; *Catecismo de la Iglesia Católica* (11.10.1992), 2302-2306.

[2] Juan XXIII, Carta Encíclica *Mater et Magistra* (15.5.1961), 71; Id., Carta Encíclica *Pacem in terris* (11.4.1963), 100; 103; 138; 140; 155; 167; cf. Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2003* (8.12.2002), 5.

[3] Juan Pablo II, *Discurso al cuerpo diplomático* (13.1.2003), 4.

[4] Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica* (11.10.1992), 2309.

[5] Juan Pablo II, *Discurso al cuerpo diplomático* (13.1.2003), 4.

[6] Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política* (24.11.2002), 4.

el Derecho Internacional, [el recurso a la guerra] no puede adoptarse, aunque se trate de asegurar el bien común, si no es en casos extremos y bajo condiciones muy estrictas, sin descuidar las consecuencias para la población civil, durante y después de las operaciones»[7].

6. La paz es posible; las guerras son evitables, pues no son ningún producto necesario del destino ciego, sino que tienen su raíz última en los pensamientos y las decisiones equivocadas de los hombres, que las incitan o las provocan. Ante la amenaza de la guerra, se pone de manifiesto la necesidad de la conversión del corazón para la promoción de una auténtica cultura de paz. La paz verdadera exige el respeto y el cultivo de la verdad, de la justicia, del amor y de la libertad, auténticos pilares de la paz, como recordaba el Beato Juan XXIII en la encíclica *Pacem in terris* hace cuarenta años[8]. La conversión implica, en último término, la vuelta de toda la persona a Dios, a Jesucristo. *Él es nuestra paz* (Ef 2, 14). Los creyentes nos abrimos a Él de modo particular por la oración. Rogamos, pues, de nuevo a todos que oren por el don supremo de la paz. La Eucaristía es el lugar privilegiado para el encuentro con Dios, en el que la Iglesia implora la paz para sí misma y para toda la familia humana. Pedimos al pueblo cristiano que participe asiduamente en su celebración. Con el Papa invitamos al rezo del Rosario, en este año especialmente dedicado a esta «oración orientada por su naturaleza hacia la paz», para que, interiorizando con María el misterio de Cristo, aprendamos «el secreto de la paz» y hagamos de él «un proyecto de vida»[9], que con sus acciones genere compromisos en favor de la verdad y la justicia de las que brota la paz.

Madrid, 19 de febrero de 2003.

[7] Juan Pablo II, *Discurso al cuerpo diplomático* (13.1.2003), 4; cf. Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et Spes* (7.12.1965), 79-82; *Catecismo de la Iglesia Católica* (11.10.1992), 2307-2317.

[8] Juan XXIII, Carta Encíclica *Pacem in terris* (11.4.1963), 1; cf. Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2003* (8.12.2002), 3.

[9] Juan Pablo II, Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae* (16.10.2002), 40.

NOTA DE LA COMISIÓN EPISCOPAL DE LITURGIA SOBRE LA COMUNIÓN DE LOS CELÍACOS

La Comisión Episcopal de Liturgia, sensible a la situación de aquellos fieles católicos que ven dificultada su participación ordinaria en la Comunión eucarística sacramental por su condición de enfermos celíacos; en consonancia con las competencias que le otorga la Conferencia Episcopal Española, hace pública esta **Nota** dirigida a los párrocos, y demás sacerdotes, a los diáconos y a los ministros extraordinarios de la Comunión.

1.- La «enfermedad celíaca» y sus consecuencias para la participación eucarística.

La enfermedad celíaca es una enfermedad crónica consistente en una intolerancia permanente al gluten. Afecta a una de cada doscientas personas en nuestro país. El gluten es una proteína presente en el trigo y en otros cereales. La ingestión de esta proteína, aún en pequeñas cantidades, puede causar trastornos muy importantes e irreparables al celíaco.

Es evidente que esta enfermedad, de la que se detectan cada día nuevos casos, afecta a la vida eucarística de los enfermos que la padecen.

Tal situación reclama una especial sensibilidad pastoral tanto en la catequesis como en la celebración litúrgica, especialmente en el caso de los niños; para que nada aumente la dificultad, que ya de por sí significa el tener que convivir literalmente con esta enfermedad de por vida.

Es pues necesario fomentar en toda la comunidad eclesial una actitud de sincera acogida y de comprensión amorosa, haciendo patente así la sensibilidad maternal de la Iglesia para con estas personas.

La presente nota pastoral parte de las competencias catequéticas y singularmente litúrgicas que atañen a los ministros ordenados, de acuerdo con lo que afirmó en su día la autoridad doctrinal de la Iglesia, que excluyó la posibilidad de celebrar la Eucaristía con formas sin nada de gluten, elemento éste considerado esencial para la panificación[1].

2.- La enfermedad celíaca en la práctica litúrgica

La Iglesia interpelada por el llamamiento de nuestro Señor Jesucristo a la participación de todos los miembros al banquete eucarístico «*Tomad y comed todos de él*», ha de facilitar el acceso a la participación plena en la Eucaristía a los celíacos. Por ello los sacerdotes y ministros de la Eucaristía deben conocer la existencia y peculiaridades de la «enfermedad celíaca», a fin de facilitar el acceso a la Eucaristía de las personas que padecen esta enfermedad.

En este sentido, bastará, que antes de la celebración la propia persona que padece la enfermedad, o los padres o familiares del niño que la tiene, informen del deseo de comulgar al ministro de la Eucaristía para que éste, acogiendo la petición con la mayor delicadeza y sin reclamar mayores explicaciones, facilite al celíaco la Comunión *bajo la sola especie del vino* (cf. CDC cán 925).

En muchos casos, los celíacos por su gran sensibilidad al gluten, requieren que se ponga a su disposición un segundo Cáliz en el cual la única materia que haya sido consagrada sea el vino y por ende sobre el cual no se haya llevado a cabo ni la partición ni la intinción del Pan eucarístico. Asimismo se debe disponer de un purificador cuyo uso fuera exclusivo del celíaco.

Cuando se trate de la Primera Comunión de los niños o en las Misas celebradas con éstos, se procurará que el niño o niña que padece la enfermedad se sienta respetado y apreciado por los demás niños, de manera que todos vean como algo natural y normal la solución que se adopte.

[1] Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Carta circular «Questo Dicastero»*, publicada en Notitiae 31, 1995, 608-610). El Ordinario puede conceder a los celíacos poder comulgar con pan de trigo con la mínima y necesaria cantidad de gluten para la panificación.

3.- Conclusión

Nuestro deseo y esperanza es que la Santísima Eucaristía, celebración y sacramento de fe y de comunión sea el verdadero motor de comunidades católicas y profundamente fraternas. Deseamos vivamente que las comunidades sean capaces de acoger e integrar, con afecto fraterno, a todos los fieles en una celebración plena y gozosa.

Al igual que en otras circunstancias pastorales nuevas, la atención a las personas que padecen la «enfermedad celíaca» reclama la fidelidad a la fe católica y al mismo tiempo capacidad de adaptación y cambio en los elementos no esenciales.

Mons. Julián López, Obispo de León
y Presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia
Mons. Carmelo Borobia, Obispo de Tarazona,
Mons. Carlos López, Obispo de Salamanca,
Mons. Pere Tena, Obispo Auxiliar de Barcelona,
Mons. José Cerviño, Obispo emérito de Tui-Vigo,
Mons. Rosendo Álvarez, Obispo emérito de Almería.

Madrid, 20 de febrero de 2003.

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En cada suscripción se incluye para el sacerdote celebrante una hoja con moniciones para cada domingo y observaciones de pastoral litúrgica para los diferentes tiempos y celebraciones especiales.

4. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 25 ejemplares semanales (1.300 ejemplares año).
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Hasta 25 ejemplares se mandan por Correos.
Desde 50-75-100-150-200 etc. ejemplares los lleva un repartidor.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción de 25 a 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
El pago se efectúa cuando se han enviado ya los ejemplares del **primer semestre**.
- **DATOS ORIENTATIVOS:** 25 ejemplares año . . . 133 Euros (mes 11,08 Euros)
50 ejemplares año . . . 266 Euros (mes 22,17 Euros)
100 ejemplares año . . . 500 Euros (mes 41,67 Euros)
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27
28071 Madrid